

Portavoz de la Gracia

NÚMERO 29

MORTIFICACIÓN

*“Mas si por el espíritu mortificáis
las obras de la carne,
viviréis”.*

Romanos 8:13

Nuestro propósito

*“Humillar el orgullo del hombre, exaltar la gracia
de Dios en la salvación y promover santidad
verdadera en el corazón y la vida”.*

Portavoz de la Gracia

29

Mortificación

Contenido

La doctrina de la mortificación.....	2
<i>Arthur W. Pink (1886-1952)</i>	
Naturaleza de la mortificación	10
<i>John Flavel (c. 1630-1691)</i>	
Identificando los deseos carnales más queridos.....	15
<i>Benjamin Needler (1620-1682)</i>	
El cristiano es el único que puede mortificar el pecado	20
<i>Horatius Bonar (1808-1889)</i>	
Directivas para la mortificación.....	26
<i>John Owen (1616-1683)</i>	
Mortificando el pecado por el Espíritu Santo	31
<i>David Martyn Lloyd-Jones (1899-1981)</i>	
Peligros de no mortificar el pecado.....	40
<i>Ezekiel Hopkins (1634-1690)</i>	
¿Mortificación por el evangelio o por la ley?	45
<i>Ralph Erskine (1685-1752)</i>	
¿Cómo puedo saber si estoy en un estado de mortificación?	48
<i>Christopher Love (1618-1651)</i>	

Publicado por Chapel Library
Enviando por todo el mundo materiales centrados en Cristo de siglos pasados

© Copyright 2019 Chapel Library, Pensacola, Florida, USA.

En todo el mundo: Por favor haga uso de nuestros recursos que puede bajar por el Internet sin costo alguno, y están disponibles en todo el mundo. In **Norteamérica:** Por favor escriba solicitando una suscripción gratis. *Portavoz de la Gracia* se publica dos veces al año. Chapel Library no necesariamente coincide con todos los conceptos doctrinales de los autores cuyos escritos publica. No pedimos donaciones, no enviamos promociones, ni compartimos nuestra lista de direcciones.

En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con

CHAPEL LIBRARY
2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA
chapel@mountzion.org • www.chapellibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno.

www.chapellibrary.org/spanish

LA DOCTRINA DE LA MORTIFICACIÓN

Arthur W. Pink (1886-1952)

“Porque si viviereis conforme a la carne, moriréis; mas si por el espíritu mortificáis las obras de la carne, viviréis” (Romanos 8:13 - Reina Valera Antigua).

La doctrina que es conforme a la piedad (1 Ti. 6:3), define sin rodeos, la naturaleza de la doctrina divina, dando a entender que su designio o finalidad es inculcar una actitud mental y una conducta correcta en la vida consagrada a Dios. Es pura y purificadora. Los objetos revelados por fe, no son sólo ideas abstractas aceptadas como la verdad, ni conceptos sublimes elevados para ser admirados; deben tener un efecto poderoso en nuestro vivir diario. No hay en las Escrituras ninguna doctrina revelada sólo para brindar un conocimiento meramente especulativo, sino para ejercer una influencia poderosa sobre la conducta. El propósito de Dios para todo lo que nos ha revelado, es purificar nuestros afectos y transformar nuestra personalidad. La doctrina de la gracia nos enseña a rechazar la impiedad y los deseos de la carne, y vivir en este mundo sobria, justa y piadosamente (Tit. 2:11-12). La mayor parte de la doctrina que Cristo enseñaba (Jn. 7:16), no consistía en una explicación de misterios, sino más bien, en corregir las lascivias de los hombres y reformar sus vidas. Todo en las Escrituras tiene el propósito de promover la santidad.

Si es absurdo afirmar que no importa lo que el hombre cree, siempre que su conducta sea correcta, lo es igualmente pensar que si lo que cree es correcto, poco importan sus acciones. “Porque si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe, y es peor que un incrédulo” (1 Ti. 5:8) porque evidencia ausencia de afecto natural. De hecho, es posible negar la fe por la conducta, al igual que por las palabras. Ser negligentes en cumplir nuestro deber es un repudio implícito de la verdad como lo es renunciar abiertamente a ella; porque el evangelio, al igual que la Ley, requiere que los hijos honren a sus padres. Notemos cómo esa lista de sujetos reprensibles mencionados en 1 Timoteo 1:9-10, son opositores de la “sana doctrina” – contrarios a su naturaleza conducente a lo saludable y a tendencias espirituales, es decir, aquella conducta que las normas de Dios ordenan. Observemos también cómo el espíritu de codicia o amor al dinero se define como extraviarse “de la fe” (1 Ti. 6:10), es una especie de herejía, de apartarse de la doctrina que es conforme a la piedad– de lo cual, el caso de Judas es un ejemplo terrible. Por ende, la mortificación

es claramente una de las doctrinas prácticas de las Sagradas Escrituras, como esperamos demostrar exhaustivamente a continuación...

En esta ocasión, daremos una explicación muy breve de lo que significa “mortificar”¹... Primero, por aparecer aquí en aposición² a “vivir según la carne”, su sentido negativo es bastante evidente. “Vivir según la carne” es estar totalmente controlados interiormente por el pecado, estar completamente bajo el dominio de nuestras corrupciones innatas. Por lo tanto, mortificación consiste en una conducta que es justo lo opuesto. Significa: No ceder a las demandas de nuestra vieja naturaleza, sino más bien someterlas. No sirvamos, no amemos nuestras lascivias, en cambio, matémoslas de hambre: “No proveáis para los deseos de la carne” (Ro. 13:14). Los deseos y apetitos naturales del cuerpo físico tienen que ser disciplinados para que sean nuestros siervos y no nuestros amos. Nuestra responsabilidad es moderarlos, regularlos y subordinarlos a las dimensiones más elevadas de nuestro ser. Los deseos del cuerpo de pecado tienen que ser rechazados prontamente y rebatidos con severidad.

La necesidad imperiosa de esta obra de mortificación surge de la presencia permanente de la naturaleza impía en el cristiano. Cuando el alma creyó en Cristo para salvación, fue inmediatamente librada de la condenación de la Ley divina y liberada del dominio del poder del pecado. Pero “la carne” no fue erradicada de su ser, ni fueron purgadas sus tendencias viles, ni siquiera fueron modificadas. Esa fuente de inmundicia permanece sin cambios hasta el final de sus días sobre esta tierra. No sólo eso, sino que su hostilidad continúa activa contra Dios y su santidad. “Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis” (Gá. 5:17). Por lo tanto, hay un conflicto permanente en el creyente, entre el pecado *innato* y la gracia *inherente*. En consecuencia, existe la necesidad perpetua de que mortifique o haga morir, no sólo las acciones de la corrupción innata, sino también, el principio mismo que las rige. Es llamado a librar una batalla constante y a no dejar que la tentación lo lleve a la cautividad de sus lascivias. La prohibición divina es “Y no participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien reprendedlas [*no des tregua, no formes ninguna*

¹ “Les daré esta descripción sencilla de [mortificación]: Es una disposición del alma regenerada, derivada de la eficacia y virtud de la muerte de Cristo, por las que se debilita la fuerza del pecado y su dominio es destruido, perdiendo completamente su poder regidor o dominio sobre el hombre”. —*Christopher Love*

² **Aposición** – Lado a lado; uno al lado de otro.

alianza]” (Ef. 5:11)...

No puede haber una comunión real con Dios mientras las lascivias pecaminosas se mantengan sin ser mortificadas. Dar lugar al mal, aparta de Dios al corazón, confunde los afectos, trastorna el alma y provoca al Santo a cerrar sus oídos a nuestras oraciones: “Hijo de hombre, estos hombres han puesto sus ídolos en su corazón, y han establecido el tropiezo de su maldad delante de su rostro. ¿Acaso he de ser yo en modo alguno consultado por ellos?” (Ez. 14:3). Dios no puede deleitarse, de ninguna manera, en un alma que no ha sido mortificada: si así lo hiciera, sería negarse a sí mismo o actuar contra su propia naturaleza. No se agrada de la maldad y no puede considerar la impiedad ni con la más mínima aprobación. El pecado es una ciénaga y entre más contaminados estemos con el fango, menos aptos seremos para presentarnos ante él (Sal. 40:2). El pecado es lepra (Is. 1:6) y, mientras más se extiende en nuestra vida, menos comunión tendrá el Señor con nosotros. Mantener vivo al pecado, deliberadamente, es defenderlo contra la voluntad de Dios y, como consecuencia, combatir contra el Altísimo. El pecado no mortificado es contrario a todos los designios del evangelio, es como si el sacrificio de Cristo hubiera tenido la intención de consentir al pecado, en lugar de redimirnos de él. La finalidad misma de la muerte de Cristo fue la muerte del pecado; dio su vida para impedir que el pecado siguiera con vida.

Aunque resucitados con Cristo –su vida escondida con él en Dios– y seguros de que aparecerán con Cristo en gloria, los santos, no obstante, son exhortados a hacer morir lo terrenal en ellos (Col. 3:1-5). Puede parecer extraño cuando notamos qué cosas terrenales especificaba el Apóstol.

No se trataba de pensamientos vanos, frialdad del corazón, ni de un andar irreflexivo, sino lo más repulsivo del viejo hombre: “fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia” y, en el versículo 8, vuelve a rogarles: “Pero ahora dejad también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras deshonestas de vuestra boca” y no mintáis. Es alarmante y grave encontrar que los creyentes requieren un llamado a hacer morir pecados tan groseros y viles como esos; no obstante, es un llamado necesario. Los mejores cristianos sobre la tierra tienen en ellos tanta corrupción, que los dispone habitualmente a estas iniquidades (que son tan grandes y atroces), y el diablo hace que sus tentaciones sean justamente las más apropiadas para cada uno, de modo que los lleva a convertir sus corrupciones en acciones, a menos que se controlen rigurosamente y estén siempre vigilantes en el ejercicio de hacerlas morir en ellos. Nadie,

sino el Santo de Dios, puede afirmar fehacientemente: “Viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí...” (Jn. 14:30),... que sus dardos ardientes pudieran encender.

Es debido a la confianza en sí mismos y su descuido, que, a veces, los más consagrados y de más experiencia, de pronto son sorprendidos por horribles yerros. Cuando el predicador insta a sus oyentes que se cuiden de no cometer homicidios, no blasfemar, que no renieguen de su profesión de fe, sólo el fariseo puede decir con Hazael: “¿Qué es tu siervo, este perro, para que haga tan grandes cosas?” (2 R. 8:13). No hay crimen, por más enorme que sea, ninguna abominación por más vil que sea, que cualquiera de nosotros no sea capaz de cometer, si no ponemos la cruz de Cristo en nuestros corazones por medio de una mortificación diaria.

Pero, ¿por qué “hacer morir las obras de la carne”? En vista del cuidadoso equilibrio de las diversas cláusulas en esta frase antitética³, esperábamos leer “mortificad la carne”. En el capítulo 7 y los primeros versículos del 8, el Apóstol había hablado del pecado innato como la fuente de todas las acciones impías, y aquí insiste en mortificar, tanto la raíz como las ramificaciones de la corrupción, refiriéndose a este deber bajo el nombre de los frutos que lleva. Las “obras de la carne” no se refieren solamente a obras externas, sino también a las fuentes de las cuales brotan. Como bien dijo Owen: “El hacha tiene que aplicarse a la raíz del árbol”... Las “obras de la carne” son las obras que produce la naturaleza corrupta, o sea, nuestros pecados... Aquí se habla de la carne con el propósito de informarnos que el alma es la morada original de “la carne”, *el cuerpo físico* es el instrumento principal de sus acciones. Nuestras corrupciones se manifiestan, principalmente, en nuestros miembros externos; es allí donde se encuentran y se sienten. Los pecados son llamados “las obras de la carne”, no sólo porque son lo que los deseos de la carne tienden a producir, sino también porque son realizados por el cuerpo (Ro. 6:12). Entonces, nuestra tarea no es transformar, ni transmutar⁴ “la carne”, sino matarla: no ceder a sus impulsos, rechazar sus aspiraciones, hacer morir sus apetitos.

Pero, ¿quién es suficiente para semejante tarea, una labor que no es una obra de la naturaleza, sino totalmente espiritual? Sobrepassa por mucho, los simples poderes del creyente. Los medios y las ordenanzas

³ **Frase antitética** – Frase que consiste de una proposición opuesta a una inmediatamente, antes formulada.

⁴ **Transmutar** – Cambiar de una forma o naturaleza a otra.

no pueden efectuarla por sí mismas. Va más allá de la competencia y habilidad del predicador; es la omnipotencia la que tiene que cumplir la parte principal de la obra. “Más si por el Espíritu hacéis morir”, es decir “el Espíritu de Dios, el Espíritu de Cristo” de Romanos 8:9, a saber, el Espíritu Santo porque éste no es sólo el Espíritu de santidad en su naturaleza, sino también en sus operaciones. Es la principal causa eficaz de la mortificación. ¡Maravillémonos y adoremos la gracia divina que nos ha brindado tal Ayudador! Reconozcamos y seamos conscientes de que estamos verdaderamente en deuda y que dependemos de las operaciones del Espíritu, tanto como de la elección del Padre y la redención del Hijo. Aunque la gracia mora en el corazón de los regenerados, no tienen en sí mismos el poder para actuar. Aquel que impartió la gracia tiene que renovarla, avivarla y dirigirla.

Los creyentes pueden emplear la ayuda de una disciplina y tenacidad interior, y practicar externamente moderación y abstinencia; y aunque pueden detener y reprimir sus hábitos impíos por un tiempo, a menos que el Espíritu manifieste su poder en ellos, no habrá ninguna mortificación auténtica. ¿Y cómo realiza el Espíritu esta obra en particular? De muchas maneras distintas:

Primero, en el momento del nuevo nacimiento nos da una naturaleza nueva. Luego, por medio de alimentar y preservar esa naturaleza, fortaleciéndonos en nuestro hombre interior con su poder, dándonos cada día nuevas provisiones de su gracia. Poniendo en nosotros un aborrecimiento del pecado, dolor por él y la determinación para apartarnos de él. Dándonos convicción sobre la verdad de lo que Cristo declara ser y dándonos disposición de tomar nuestra cruz y seguirle. Trayendo a la mente algún precepto o advertencia e impulsándonos a orar.

No obstante, tomemos nota que nuestro texto no dice: “Si el Espíritu mortifica” y, ni siquiera, “si el Espíritu, a través de ustedes, mortifica”, sino que, en cambio, dice: “Si por el espíritu *mortificáis*” [acción del ser humano, no del Espíritu]. El creyente no es sujeto pasivo en esta obra, sino activo. No hemos de suponer que el Espíritu nos va a ayudar sin nuestra colaboración, ni mientras dormimos, ni cuando estamos despiertos, ni si mantenemos o no una vigilancia cuidadosa sobre nuestros pensamientos y nuestras obras. Tampoco tendremos su ayuda si no hacemos más que desearla superficialmente o elevar una tibia oración pidiendo la mortificación de nuestros pecados. Se requiere de los creyentes que se ocupen seriamente en la tarea. Si por un lado no podemos cumplir este deber sin la ayuda del Espíritu, por otro, él no nos ayudará si somos demasiado indolentes y no nos esforzarnos al máximo. En este caso, no crea el cristiano perezoso que alguna vez logrará la victo-

ria sobre sus deseos carnales.

La gracia y el poder del Espíritu no permiten la ociosidad, sino que nos llaman a ser diligentes en el uso de los medios y en confiar que dará su bendición a nuestra diligencia. La Palabra nos exhorta expresamente: “Limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios” (2 Co. 7:1) y eso muestra claramente que el creyente es importante en esta obra. Las operaciones de la gracia del Espíritu nunca fueron diseñadas para remplazar el cumplimiento del deber del cristiano. Aunque su ayuda es indispensable, ésta no nos libra de nuestras obligaciones. “Hijitos, guardaos de los ídolos” (1 Jn. 5:21) enfatiza y da evidencia de que Dios requiere mucho más que nuestra confianza en él para impulsarnos a la acción...

Mortificación es una tarea a la cual todo cristiano debe consagrarse con devota diligencia y decidida seriedad. Los regenerados tienen en su interior una naturaleza espiritual que los habilita para actuar con santidad; de otra manera, no habría diferencia entre ellos y los no regenerados. Se requiere de ellos que utilicen bien la muerte de Cristo, que sus sufrimientos les agrien el gusto por los pecados. Han de usar la gracia recibida para dar frutos de justicia. No obstante, es una tarea que trasciende por mucho, nuestros débiles poderes. Es sólo “a través del Espíritu” que alguno de nosotros puede, aceptable y efectivamente (en cualquier grado), “mortificar las obras de la carne”. Él es quien nos convence de las afirmaciones de Cristo, recordándonos que porque murió *por* el pecado, no debemos escatimar esfuerzos por morir *al* pecado, luchando contra él (He. 12:4), confesándolo (1 Jn. 1:9), renunciando a él (Pr. 28:13). Él es quien nos preserva contra el desaliento y nos da nuevos ánimos para la lucha. Él es quien profundiza nuestras ansias de santidad y nos mueve a clamar: “Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio” (Sal. 51:1).

“Si por el espíritu mortificáis las obras de la carne”. Tome nota, lector mío, el hermoso equilibrio de la verdad que se conserva aquí con tanto cuidado. Aunque se aplica estrictamente a la responsabilidad del cristiano, de igual manera, mantiene definitivamente la honra del Espíritu y magnifica la gracia divina. Los creyentes son los agentes en esta obra, sin embargo, la realizan por el poder de Otro. El deber es de ellos, pero el éxito y la gloria es del Espíritu. Sus operaciones se realizan de acuerdo con la constitución que Dios nos ha dado, obrando en y sobre nosotros como agentes morales. Desde un punto de vista, la obra en sí es de Dios y, desde otro, nuestra. Él nos ilumina dándonos comprensión y nos hace más sensibles al pecado que mora en nosotros. Sensibiliza más nuestra conciencia. Profundiza nuestro anhelo de ser

más puros. Obra en nosotros, tanto el querer como el hacer (Fil. 2:13). Nuestro deber es hacer caso a sus convicciones, responder a sus impulsos santos, implorar su ayuda y depender de su gracia.

“Si por el espíritu mortificáis las obras de la carne, *viviréis*” (Ro. 8:13). He aquí la promesa alentadora dada al luchador en medio de sus dolorosas pruebas. Dios no será deudor de nadie; de hecho, es galardonador de los que le buscan con diligencia (He. 11:6). Entonces, si por gracia coincidimos con el Espíritu, renegando de la carne y procurando la santidad, seremos ricamente recompensados. La promesa a este deber es lo opuesto a la amenaza de muerte en la cláusula precedente porque allí, “morir” incluye las consecuencias penales del pecado; entonces “viviréis” se refiere a todas las bendiciones espirituales de la gracia. Si, por la habilitación del Espíritu y nuestro uso diligente de los medios dados divinamente, nos oponemos, sincera y constantemente, y rechazamos las solicitudes del pecado innato, entonces –y sólo entonces– viviremos una vida de gracia y bienestar aquí, y una vida de gloria y dicha eterna en el más allá. Hemos demostrado en otro lugar que “vida eterna” (1 Jn. 2:25) es una posesión actual del creyente (Jn. 3:36; 10:28) y su meta futura (Mr. 10:30; Gá. 6:8; Tit. 1:2). Ahora, éste tiene el título y el derecho a él; lo tiene por fe y con esperanza; tiene su semilla en su nueva naturaleza. Pero todavía no la posee totalmente, ni ha llegado a su máxima fruición... La vida de gloria no procede de la mortificación como el efecto de una causa, sino que, sencillamente, la sucede tal como el fin se vale de los medios. El camino de santidad es el único que lleva al cielo.

Tomado de una serie en *Studies in the Scriptures* (Estudios en las Escrituras).

A.W. Pink (1886-1952): Pastor y maestro itinerante de la Biblia, autor de *Studies in the Scriptures* y numerosos libros incluyendo su muy conocido *The Sovereignty of God* (La Soberanía de Dios), nacido en Nottingham, Inglaterra.



Ocúpate de matar al pecado o el pecado te matará a ti.

Cuando el pecado *nos* deja tranquilos, podemos dejar tranquilo al *pecado*. Pero como el pecado nunca está quieto y menos cuando parece estarlo, y sus aguas son generalmente profundas cuando están quietas, así nuestras luchas contra él, tienen que ser vigorosas en todo tiempo y bajo todas las condiciones, aun donde menos sospechemos que esté.

La mortificación por nuestra propia fuerza, realizada de maneras que nosotros mismos inventamos da como resultado a fariseos, de hecho, es el alma y la sustancia de toda la religión falsa en el mundo.

—*John Owen*

NATURALEZA DE LA MORTIFICACIÓN

John Flavel (c. 1630-1691)

“Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos” (Gálatas 5:24).

Primero, el sujeto de la oración: “Los que son de Cristo”, es decir, los cristianos auténticos, miembros auténticos de Cristo; los que de verdad pertenecen a Cristo, los que se han entregado para ser gobernados por él y avivados por su Espíritu. Estos, cada uno de estos... todos estos y nadie fuera de estos.

Segundo, el predicado: “Han crucificado la carne con sus pasiones y deseos”. Hemos de entender que *carne* se refiere a los pecados de la carne, los sexuales y otros, las obras y acciones de la naturaleza corrupta; que *pasiones* no se refiere a las naturales, sino a las inmorales fuera de control, los deseos lascivos y antojos pecaminosos. Porque Cristo no abole, ni destruye, sino que corrige y regula las pasiones de los que están en él. Y *crucificar* la carne, no es la extinción total, ni el sometimiento perfecto de la naturaleza corrupta, sino sólo derrocar la corrupción de su trono y de su dominio en el alma. Su dominio es quitado, aunque su vida se prolongue por un tiempo⁵. No obstante, así como es seguro que la crucifixión causa lentamente la muerte —la vida de los crucificados se va perdiendo con su sangre— lo mismo sucede con la mortificación del pecado. Por lo tanto, lo que el Apóstol llama aquí *crucificado*, en Romanos 8:13 lo llama *mortificar*: “Si por el espíritu mortificáis” (Versión Reina Valera Antigua), si hacéis morir las obras de la carne. Pero escoge llamarlo *crucificar* en este versículo de Gálatas, no sólo para mostrar la relación entre la muerte de Cristo y la muerte del pecado con respecto a su vergüenza, sufrimiento y lentitud continua; sino para denotar también el medio y los instrumentos de mortificación o sea, la muerte de Jesucristo en la cruz, en virtud de la cual los

⁵ “Digo que [mortificación] es una disposición del alma regenerada porque la no regenerada es una que no ha sido mortificada. Se deriva de la virtud y eficacia de la muerte de Cristo porque la muerte de Cristo, no sólo quita la culpa del pecado, en lo que se refiere a su poder de condenar, sino que, igualmente, quita el dominio y poder del pecado para que ya no reine en nosotros. Además, es la disposición por la que se debilita la fuerza del pecado y su dominio es destruido... aunque el pecado sigue existiendo, su poder dominador ha sido exterminado”. —*Christopher Love*

creyentes mortifican las corrupciones de su carne, teniendo como gran argumento y motivación los sufrimientos de Cristo por el pecado...

Doctrina: Podemos estar seguros de que existe una relación de salvación en Cristo, a partir de la mortificación de la carne con su pasiones y deseos: Las siguientes palabras del Apóstol lo confirman: “Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado. Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él” (Ro. 6:5-8)... La mortificación del pecado es una evidencia indubitable de la unión del alma con Cristo, la cual es el fundamento mismo de la resurrección bendita y gloriosa. Por lo tanto, dice el Apóstol: “Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro” (6:11), [como si estuviera diciendo]: “Consideren esto ustedes mismos: Estas influencias de la muerte de Cristo sobre la mortificación son presagios incuestionables de bendiciones futuras, algo que Dios nunca daría, sino a los que están en Cristo y han sido escogidos para ser glorificados con él”. La muerte de su pecado es tan cierta como puede serlo cualquier otra cosa en el mundo de su vida espiritual para el presente y para su vida eterna con Dios en el más allá. La mortificación es el fruto y la evidencia de su unión con Cristo y esa unión es el fundamento firme y promesa segura de su glorificación. Por lo tanto, cada uno debe considerar y razonar esta realidad individualmente...

Lo que la mortificación o crucifixión significa: Para ser más claro, me referiré al tema, tanto *negativa* como *positivamente*, mostrando lo que, principalmente, *no* quiere decir y lo que *sí* quiere decir, el Espíritu de Dios con esta expresión.

1. Crucificar la carne no implica una abolición total del pecado en los creyentes, ni la destrucción de su ser o existencia en ellos en el presente. Las almas santificadas quedarán con sus cuerpos muertos en la hora de su muerte. Esta será el efecto de nuestra glorificación *futura*, no nuestra santificación *presente*. El pecado sigue existiendo en el más mortificado creyente en el mundo (Ro. 7:17). Sigue actuando y generando deseos en el alma regenerada (Gá. 5:17). En efecto, a pesar de su crucifixión en el creyente, todavía puede sorprenderlo y cautivarlo con alguna acción (Sal. 65:3; Ro. 7:23)...

2. La crucifixión del pecado tampoco consiste, únicamente, en evitar las acciones externas. Porque el pecado puede reinar en el alma de los hombres, aunque no se manifieste en su vida con acciones graves y

visibles (1 P. 3:20; Mt. 12:43)... Muchos muestran una mano blanca y hermosa, mientras que tienen un corazón negro y muy sucio.

3. La crucifixión del pecado no consiste [simplemente] en dejar de cometer actos pecaminosos porque, en ese sentido, los deseos del hombre pueden morir por sí mismos por muerte natural. Los miembros del cuerpo son armas de impiedad, según dice el Apóstol. La edad o enfermedad puede amellar o quebrar esas armas de modo que no pueden ser usadas con los propósitos y fines a los que estaban acostumbradas en sus épocas vigorosas y sanas de la vida; no es que haya menos pecado en el corazón, sino que el cuerpo tiene menos fuerza y actividad. Es como el viejo soldado que tiene tanta habilidad, conocimiento y gusto como siempre de las acciones militares; pero la edad y los años de dura lucha lo han debilitado, de manera que ya no puede ser parte de un contingente militar.

4. La crucifixión del pecado no consiste en castigar severamente el cuerpo ni la flagelación con azotes, ayunos ni peregrinajes agotadores. Esto puede interpretarse como mortificación entre los papistas, pero estos castigos no han podido destruir los deseos de la carne. Es cierto que los cristianos no deben consentir ni gratificar al cuerpo, el cual es instrumento del pecado, ni hemos de creer que las corrupciones espirituales del alma sienten los azotes sobre el cuerpo: “Tales cosas tienen a la verdad cierta reputación... pero no tienen valor alguno contra los apetitos de la carne” (Col. 2:23). No es la vanidad de la superstición, sino el poder de la verdadera religión lo que crucifica y destruye la corrupción. Es la fe en la sangre de Cristo, no el derramamiento de nuestra propia sangre, lo que le da el golpe mortal al pecado.

Pero si se preguntan mis lectores: Entonces ¿qué significa la mortificación o crucifixión del pecado y en qué consiste? Respondo:

1. Implica necesariamente que el alma tiene que estar implantada en Cristo y unida a él porque, de otra manera, es imposible que ninguna corrupción sea mortificada. Los que son de [Cristo] han crucificado la carne. Cualquier otro intento de todos los demás son en vano e ineficaces: “Porque mientras estábamos en la carne, las pasiones pecaminosas que eran por la ley obraban en nuestros miembros llevando fruto para muerte” (Ro. 7:5). En aquel tiempo, el pecado tenía todo el dominio: Ninguna abstinencia ni flagelo exterior; ningún propósito, promesa ni voto solemne puede mortificarlo o destruirlo. Tiene que haber una implantación en Cristo antes de que pueda haber una crucifixión eficaz del pecado. ¿Qué creyente, en los primeros días de su conversión, no ha probado todos los métodos y medios externos de mortificar el pecado, sólo para descubrir que todo eso tuvo tan poco poder como las cuerdas

con que ataron a Sansón? Pero una vez que puso su fe en la muerte de Cristo, las intenciones de la mortificación prosperaron y dieron buen resultado.

2. Mortificación del pecado implica la acción del Espíritu de Dios en esa obra, sin cuya ayuda nuestros esfuerzos son inútiles. Podemos decir de esta obra lo que la Palabra dice de otro caso: “No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos” (Zac. 4:6). Por lo tanto, cuando el Apóstol quiso mostrar qué mano es la que obra la mortificación, lo expresó así: “Porque si viviereis conforme a la carne, moriréis; más si por el espíritu mortificáis las obras de la carne, viviréis” (Ro. 8:13 - Reina Valera Antigua). El deber es nuestro, pero el poder con el que lo cumplimos es de Dios...

3. La crucifixión del pecado implica la ruina de su dominio en el alma. Un pecado mortificado no puede ser un pecado reinante (Ro. 6:12-14). Dos cosas constituyen dominio del pecado o sea, la plenitud de su poder y el sometimiento del alma a él. En cuanto a la plenitud de su poder, ésta se debe a lo apropiado que es para el corazón corrupto del hombre y el placer que le produce. Parece ser tan necesario como la mano derecha, tan útil y agradable como el ojo derecho (Mt. 5:29). En cambio, el corazón mortificado ha muerto a todos los placeres y beneficios del pecado. No se deleita ni se agrada en él, sino que se transforma en su carga y queja diaria. Mortificación presupone la iluminación de la mente y convicción de la conciencia, por lo que el pecado no puede engañar ni cegar la mente ni hechizar y atrapar la voluntad y las pasiones como le gustaría hacerlo. En consecuencia, su dominio sobre el alma ha sido destruido y perdido.

4. La crucifixión de la carne implica un debilitamiento gradual del poder del pecado sobre el alma. La muerte en la cruz era una muerte lenta y prolongada, y la persona crucificada se iba debilitando poco a poco. Lo mismo sucede con la mortificación del pecado: El alma todavía se está limpiando de “toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios” (2 Co. 7:1). Y así como el cuerpo de pecado se debilita cada vez más, el hombre interior o nueva criatura “se renueva de día en día” (2 Co. 4:16). Porque la santificación es una obra progresiva del Espíritu: A medida que aumenta la santidad y se va arraigando con más profundidad en el alma, más va menguando y debilitándose el poder del pecado y el amor por él hasta que, finalmente, es sorbido en victoria.

5. La crucifixión de la carne significa para nosotros, la aplicación por el creyente de todos los medios espirituales e instrumentos santificados para su destrucción. No hay cosa en este mundo que el corazón

creyente desea y anhela más intensamente que la muerte del pecado y verse librado totalmente de él (Ro. 7:24). La sinceridad de tales deseos se manifiesta en la aplicación cotidiana de todos los remedios de Dios. Por ejemplo, estar diariamente en guardia contra las ocasiones para pecar: “Hice pacto con mis ojos” (Job 31:1). Más que la vigilancia ordinaria sobre su pecado especial o apropiado: “Me he guardado de mi maldad” (Sal. 18:23). Los clamores sinceros al cielo pidiendo gracia preventiva⁶: “Preserva también a tu siervo de las soberbias; que no se enseñoreen de mí” (Sal. 19:13). Una humillación profunda del alma por los pecados del pasado, que es una prevención excelente contra pecados futuros: “¡Qué solicitud produjo en vosotros, qué defensa, qué indignación, qué temor, qué ardiente afecto, qué celo, y qué vindicación!” (2 Co. 7:11). Cuídense de no dar lugar a las intenciones del pecado consintiendo a la carne para satisfacer sus deseos, como lo hacen otros (Ro. 13:13-14). Disposición de ser reprendidos por el pecado: “Que el justo me castigue, será un favor” (Sal. 141:5). Estos y otros medios de mortificación similares, son recursos que las almas regeneradas usan y aplican diariamente, a fin de hacer morir el pecado.

Tomado de “The Methods of Grace” (Los métodos de la gracia) en *The Works of John Flavel* (Las obras de John Flavel), Tomo II, reimpresso por The Banner of Truth.

John Flavel (c. 1630-1691): Presbiteriano inglés y pastor en Darmouth, Devonshire, Inglaterra. Prolífico autor de obras evangélicas como *The Fountain of Life Opened* (La fuente abierta de vida) y *Keeping the Heart* (Guardando el corazón). Sus vívidas imágenes descritas en palabras, resultaron en sermones memorables que transforman vidas. Uno de sus oyentes ha dicho: “Tiene que tener una cabeza muy blanda y un corazón muy duro o ambos, el que puede estar bajo su ministerio sin que le afecte”; nacido en Bromsgrove, Worcestershire, Inglaterra.



Los santos cuyas almas respiran después de su desconcertante rebelión [contra el pecado], saben que no existe una seguridad contra él más que librar una constante batalla. —*John Owen*

⁶ **Gracia preventiva** – De gracia divina: Aquella que va delante y dirige o guía; en especial, la gracia que incita al arrepentimiento y la salvación; llamada también gracia *preveniente*.

IDENTIFICANDO LOS DESEOS CARNALES MÁS QUERIDOS

Benjamin Needler (1620-1682)

“Por tanto, si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno. Y si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala, y échala de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno” (Mateo 5:29-30).

En Mateo 5:28, nuestro Salvador nos dice “cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón”. Lo dijo en oposición a los escribas y fariseos, y se aplica a muchos protestantes carnales que tienen conceptos equivocados de la Ley de Dios y, particularmente, cuando opinan que sólo el acto *exterior* de impureza, quebranta el séptimo mandamiento que dice: “No cometerás adulterio”. Aquí, nuestro Salvador corrige este error diciendo que “cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón”, no dice el que lo *va* a hacer, sino que lo ha *hecho* ya. Lo que el ojo ve, entra muy rápido en el corazón. Y porque el ojo y la mano son usados, muchas veces, como incitadores principales de este pecado, nuestro Salvador da a sus discípulos, al igual que a nosotros, este consejo serio y santo en las palabras que hemos leído: “Si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti...”.

Algunos entienden que “el ojo derecho” y “la mano derecha” se refieren a nuestros deseos carnales más queridos. El Espíritu de Dios usa en las Escrituras un lenguaje figurado para expresar la corrupción de las partes y los miembros de nuestro cuerpo... Aunque estamos expuestos a todos los pecados, hay algunos que, de una manera especial, podemos llamar pecados de nuestro ojo derecho y pecados de nuestra mano derecha. O, dicho de otra manera, cada ser humano tiene su depravación particular, su pecado *más querido*... Y considerar esta doctrina es parte de mi tarea... a saber: “¿Cómo descubrir y mortificar los deseos carnales más queridos?”...

1. Es posible reconocerlo por la expresión de cariño y la atención tierna que el pecador brinda a este pecado. El amor fuerte, generalmente, tiene un solo objeto. Los afectos son más como rayos de luz vistos a través de una lupa; cuanto más unidos están en un punto, más fuertes son. El impío tiene un afecto especial por su deseo carnal parti-

cular. Así como dijo Abraham: “Ojalá Ismael viva delante de ti” (Gn. 17:18), dice el impío: “¡Ojalá me dejes este pecado!”. El alma está pronta para decir: “Aquí hay un pecado que tiene que ser arrancado y aquí hay otro para cortar de raíz; pero ¿tiene que morir *también* este otro deseo carnal tan querido? Todo está en mi contra”. El pecador parece arrepentirse del pecado y condenar al pecado, y condenarse a sí mismo por el pecado. Pero cuando llega el momento de ejecutarlo, le tiene lástima y suspende su sentencia mientras se perdona otro pecado. ¡Ay, no puede cortar la cabeza a su deseo querido!... Pero si sucede que su pecado querido muere de muerte natural –por ejemplo, si el adúltero, por su edad, ya no puede andar en las inmundicias de antes– lo conserva hasta la muerte, como conservamos a nuestros amigos queridos, y sufre porque él y su querido deseo carnal tienen que separarse.

2. Es posible reconocerlo de esta manera: El pecado que nos aparta de nuestros deberes santos es nuestro pecado querido. Sabemos que la temperatura natural del agua es la fría y esa es la característica a la que vuelve, no importa lo caliente que haya llegado a estar. A veces, el alma se enardece al participar de una ordenanza⁷, pero pronto se enfría y sigue practicando el pecado que más le gusta. El orgullo era el pecado principal de los discípulos. Mientras sanaban enfermedades y echaban fuera demonios del cuerpo de otros, el demonio del orgullo obraba en sus almas. Nuestro Salvador los reprendió diciendo: “Pero no os regocijéis de que los espíritus se os sujetan, sino regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos” (Lc. 10:20).

3. Es posible reconocerlo por su dominio, por su poder de mando sobre todos los otros pecados. Así como hay una especie de gobierno en el infierno (...Belcebú es llamado “príncipe de los demonios”), hay también en el alma del hombre malvado, algún pecado que sigue siendo el principal y que conserva su trono. Todos los demás pecados, por así decir, se arrodillan ante éste, son parte de su séquito y sus siervos obedientes. Le dice a uno: “Ve” y éste va; a otro le dice: “Ven” y viene. Por ejemplo, si la *codicia* es el pecado querido, mentir, engañar y estafar son los pecados que le sirven. Si es la *ambición*, amoldarse y transigir pecaminosamente son los pecados que le sirven. Si es el *adulterio*, utilizar pecaminosamente el tiempo, los bienes y el cuerpo son pecados que le sirven. Si la *vanagloria* es el gran pecado de los fariseos (Mt. 23), devorar las casas de las viudas pretendiendo hacer largas oraciones es pecado que le sirve. En suma, el pecador comparte, por así decir, la maldición pro-

⁷ **Ordenanza** – La Cena del Señor, el Bautismo, el escuchar la Palabra, etc.

nunciada sobre Cam: “Siervo de siervos” (Gn. 9:25). Los demás pecados son siervos de su pecado querido y él mismo es esclavo de todos ellos.

4. Aquel pecado que le hace remorder la conciencia de una manera particular es, posiblemente, su pecado preferido. La palabra griega traducida *conciencia*... significa “un conocimiento en conjunto” o “conocimiento [compartido] con otro”. Considera las cosas en conjunto con Dios. La conciencia es el lugarteniente de Dios, el espía de Dios, el agente secreto en nuestro pecho, el observador perfecto de lo que pensamos o hacemos, co-testigo con Dios, como lo sugiere San Pablo sin reservas (Ro. 9:1). Ahora bien, ¿le parece usted que no sabe cuál es el pecado que usted ama? Escuche la voz de su conciencia. ¿Lo condena de orgullo, de pasión, de mundanalidad, de perseguir los caminos de Dios? Ay, recuerde que usted es el virrey de Dios. Hágale caso porque es importante y considere seriamente lo que dice...

5. Es posible reconocerlo por su impaciencia con el reproche. Herodes escuchaba con gusto a Juan el Bautista hasta que empezó a predicar contra su Herodías. Éste es un “no me toques”... Una reacción clásica del pecador que reacciona cuando le ponen el dedo en la llaga. El ojo es una parte sensible y propensa a reaccionar con enojo si se entromete con él. Ésta es la razón por la cual muchos se enfurecen contra un ministerio poderoso y salvador que escudriña el alma. La mayoría prefiere a los charlatanes que pretenden curar con superficialidades, ien cambio no pueden tolerar a los médicos serios que hurgan, buscan y limpian la herida! “Yo le aborrezco”, le dijo Acab a Micaías, “nunca me profetiza bien sino solamente mal” (1 R. 22:8). Agregaré solo esto: Que el hombre, especialmente el pastor, que reprocha a otro por sus pecados, tiene que ser él mismo, inocente de lo que condena... El que tiene una viga en el ojo no puede pretender sacar la paja en el ojo de su hermano.

6. Es posible reconocerlo por esto: Hace al hombre completamente parcial a su propio caso. A David no le parecía mal quitarle la esposa a otro hombre, pero no tenía obstáculo en condenar a muerte al que le quitara su cordero a otro hombre.

7. Es posible reconocerlo por los argumentos que utiliza el pecador para justificar su pecado. La inmundicia e intemperancia son “cosas de la juventud”. El lujo es “magnificencia”. La codicia es “buena [mayordomía]”. El orgullo es “nobleza y grandeza de espíritu” o, mejor aún, “humildad”. Algunos fingen humildad en público, pero en realidad, es pura soberbia... Tenga cuidado de decir algo para justificar cualquier forma de maldad...

8. Cuando un pecado se apega a su alma más que otros, éste es su pecado querido, el pecado del ojo derecho o el pecado de su mano dere-

cha. Cuando a Sansón nadie podía quitarle su fuerza, pudo hacerlo Dalila fácilmente. Vea cómo Salomón expresa la conducta de la mala mujer con el joven: “Lo rindió con la suavidad de sus muchas palabras, le obligó con la zalamería de sus labios” (Pr. 7:21). Lo único que hizo fue adularlo y, sólo con eso, “lo rindió”. El pecado obra por seducción: “Cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido” (Stg. 1:14). La seducción es una fuerza comparable al pedido de un rey: es una orden.

9. Aquel pecado que el hombre desearía que no lo fuera es, posiblemente, su pecado querido. El caso del joven rico en el Evangelio es un ejemplo. Dice nuestro Salvador: “Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme. Oyendo el joven esta palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones” (Mt. 19:21-22), es decir, se fue triste porque tuvo que enfrentarse con una verdad como ésta: El que quiere seguir a Cristo debe renunciar al mundo. Dice el Salmo 14:1: “Dice el necio en su corazón: No hay Dios”. “Ay”, dice el necio, “¡ojalá que no hubiera un Dios! ¡Que no hubiera un cielo! ¡Que no hubiera un infierno!”. En ese caso, el pecado querido es el ateísmo. Primero, los hombres desean que no hubiera una Deidad y luego, deciden que no la hay y, finalmente, lo afirman...

10. Aquel pecado que es lo primero en lo que pensamos en la mañana y lo último en la noche, es nuestro pecado favorito... El deseo carnal querido ocupa, generalmente, el primer lugar y el último; es el primer pensamiento cada mañana y el último en la noche. Sí, este pecado querido tiene que ocupar mucho de su pensamiento en la cama. El salmista, hablando del impío, nos dice: “Medita maldad sobre su cama” (Sal. 36:4). Por lo general, éste es el amigo que admitimos junto a nuestro lecho.

11. Aquel pecado que más infesta y preocupa en nuestros momentos a solas es nuestro pecado querido. Lo que quiero decir es que cuando el hombre está solo, ya sea en su aposento o en el campo trabajando, y no tiene que ocupar su mente con lo que está haciendo, el pensamiento del pecado que aparece inconscientemente, puede muy bien ser su pecado querido... ¡Ay cristiano! Tome nota de lo que su corazón medita en privado y es muy posible que haga algunos descubrimientos (Sal. 19:14). Cuando alguien se retira a un lugar solitario, por lo general se considera un atrevimiento molestarlo. En este caso, tiene que ser un amigo el que se acerca y le ofrece su compañía. Sin duda, el pecado en el que pensamos en nuestros momentos a solas no es cualquier pecado, sino uno que realmente queremos.

12. En último lugar, aquel pecado por el cual estamos dispuestos a

tolerar muchas penurias y sufrimientos es nuestro pecado querido. Por ejemplo, supongamos que la *codicia* es el pecado querido. ¡En qué situaciones infames, absurdas e irrazonables se pone el codicioso! ¡Con cuánta mezquindad, avaricia y tacañería vive en su comunidad, exponiéndose a la burla y al desprecio de todos los que lo conocen! O supongamos que la *ambición* es el pecado querido; ¡cómo hace promesas y luego las rompe; y se amolda y, como el remero, mira para un lado y rema para el otro, y hace casi cualquier cosa para lograr sus ambiciones. Si su pecado querido es el *libertinaje*, destruye su cuerpo, avergüenza su nombre y malgasta sus bienes para gratificar su deseo carnal! No cabe duda que el peor y más humilde trabajo –lavar cacerolas y platos sucios, remar afanosamente para mover una barca, escarbar una mina– son ocupaciones honrosas en comparación con las prácticas mundanas a las que conduce el pecado que más amamos.

Tomado de “How May Beloved Lust Be Discovered and Mortified?” (¿Cómo descubrir y mortificar los deseos carnales queridos?) en *Puritan Sermons 1659-1689*,

Being the Morning Exercises at Cripplegate (Sermones puritanos 1659-1689.

Estando en los ejercicios matutinos en Cripplegate), Tomo 1,
reimpreso por Richard Owen Roberts, Publicador.

Benjamin Needler (1620-1682): Pastor no conformista, predicador capaz, recordado por Richard Baxter como “un teólogo muy humilde, serio y apacible”; nacido en Laleham, Middlesex, Inglaterra.



Ahora bien, se requieren varias cosas en lo que respecta a esta lucha contra el pecado: [1] Saber que el hombre tiene este enemigo para enfrentar, para tener en cuenta, para realmente considerarlo como un enemigo y que tiene que ser destruido por todos los medios. [2] Esforzarse por familiarizarse con las maneras, las argucias, los métodos, ventajas y ocasiones para tener éxito es el principio de esta guerra. [3] Sopesar diariamente todas las cosas... que son graves, mortales y destructivas, marca el apogeo de esta contienda... Ahora bien, mientras el alma está en esta condición, lidiando con esto, lo principal es que el pecado está muriendo bajo la espada. Además, cuando el hombre llega a este estado y condición en que los deseos de la carne están debilitados desde su raíz y sus comienzos, que sus actividades y acciones han disminuido y son más débiles que antes, cuando puede, con un espíritu quieto y tranquilo, encontrar y luchar contra el pecado y salir airoso, entonces el pecado es mortificado en gran medida y, a pesar de toda su oposición, el hombre puede tener paz con Dios todos su días.

Sólo el Espíritu trae la cruz de Cristo a nuestros corazones
con su poder de matar el pecado. —*John Owen*

EL CRISTIANO ES EL ÚNICO QUE PUEDE MORTIFICAR EL PECADO

Horatius Bonar (1808-1889)

*“... Los que hemos muerto al pecado, ¿cómo
viviremos aún en él?” (Romanos 6:2).*

Antes de vivir como un cristiano, tengo que ser cristiano. ¿Lo soy? Debería saberlo. ¿Lo sé? y sabiéndolo, ¿sé de quién soy y a quién sirvo?

Si voy a vivir como un hijo de Dios, primero debo ser su hijo, y tengo que saberlo. De otra manera, mi vida será una imitación artificial, la pieza de un mecanismo sin vida que realiza excelentemente ciertos movimientos, pero sin calor y fuerza viva. Eso es lo que hacen muchos, tratan de vivir como hijos con el fin de convertirse en hijos, olvidando el plan sencillo de Dios para llegar a serlo inmediatamente: “Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios” (Jn. 1:12).

En muchos de nosotros, la fe se trata sólo de un *intento* por creer; el arrepentimiento es nada más un *intento* por arrepentirnos y, en nuestras tentativas, no hacemos más que usar palabras que hemos aprendido de otros... La descripción de Dios de lo que es un cristiano es clara y bien definida. Incluye tan pocas imprecisiones y generalidades que uno se pregunta cómo puede haber surgido alguna equivocación al respecto y tantas aseveraciones dudosas y falsas.

El cristiano es el que ha “gustado la benignidad del Señor” (1 P. 2:3), el que ha sido regenerado “para una esperanza viva” (1 P. 1:3), el que ha recibido “vida juntamente con Cristo” (Ef. 2:5), él ha sido hecho un participante de Cristo (He. 3:14), un participante de la naturaleza divina (2 P. 1:4), quien ha sido librado “del presente siglo malo” (Gá. 1:4).

Tal es la descripción que Dios hace del que ha encontrado su camino a la cruz y merece adjudicarse el nombre antioqueño⁸ de “cristiano” o el nombre apostólico “santo”. No tiene nada bueno que decir de sí mismo antes de recibir el perdón gratuito. No recuerda nada digno de

⁸ Hechos 11:26.

amor que lo pudiera haber recomendado delante de Dios, nada apropiado que lo hubiera calificado para recibir el favor divino, excepto que necesitaba vida. Lo único que puede decir junto con otros en iguales circunstancias es: “Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros” (1 Jn. 4:16) y, al creer, ha descubierto lo que, no sólo lo convierte en un hombre feliz, sino en uno *santo*. Ha encontrado la fuente de una vida santa.

¿He encontrado pues, mi camino a la cruz? Si es así, tengo seguridad. Tengo vida eterna. El primer toque auténtico de la cruz me ha asegurado la bendición eterna. Estoy en las manos de Cristo y nadie me puede arrebatar de ellas (Jn. 10:28).

La cruz nos convierte en personas regeneradas. Una vez regeneradas o renacidas, iniciamos el proceso de la santificación. Antes de recibir el beneficio de la cruz, éramos seres quebrantados y despedazados, sin un centro sobre el cual gravitar. La cruz forma ese centro de gravitación y, al hacerlo, une los fragmentos desordenados de nuestro ser; entonces podemos decir: El Señor “afirma mi corazón” (Sal. 86:11). Se produce entonces, una integridad o unidad que ningún objeto con menos poder de atracción podría lograr. Es una integridad o unidad que, empezando con el individuo, se reproduce en una escala mayor en la iglesia de Dios, pero con el mismo centro gravitacional.

La cruz es la fuente de la salud espiritual: De ella brota la “virtud” (*dunamis*, el poder, Lc. 6:19) que cura todos las enfermedades, sean leves o mortales porque “por su llaga fuimos nosotros curados” (Is. 53:5) y en él encontramos “el árbol de la vida” con sus hojas curativas (Ap. 22:2). Gólgota se convierte en Galaad, con su Médico excelente y su “bálsamo macerado” (Jer. 8:22; Is. 53:5. El anciano Latimer⁹ bien dice de la mujer que Cristo curó: “Creía que Cristo era un hombre tan sano que ella se sanaría en cuanto lo tocara” (de Mt. 9:20). “Toda cabeza está enferma, y todo corazón doliente” (Is. 1:5); pero ahora la enfermedad ha desaparecido y el corazón que desmayaba recobra sus fuerzas. La mirada o, más bien, el Objeto al que ha mirado ha hecho su obra (Is. 45:22); la serpiente de bronce ha logrado lo que no pudo ningún remedio terrenal. Ya no se puede decir de nosotros: “No hay para ti medicamentos eficaces” (Jer. 30:13) porque la promesa del Médico por excelencia es: “He aquí que yo les traeré sanidad y medicina; y los curaré, y les revelaré abundancia de paz y de verdad” (Jer. 33:6). Así es

⁹ **Hugh Latimer** (c. 1485/90-1555) – Famoso reformador y mártir anglicano.

como la abundancia de esa paz y verdad se nos revela en la cruz.

La cura no se perfecciona en una hora. Pero, a medida que la vista de la cruz comienza, también la completa por fin. Los pulsos de nueva salud ahora laten en todas nuestras venas. Todo nuestro ser reconoce el poder curativo del remedio divino, ante el cual ceden nuestras enfermedades.

Sí, la cruz sana: Posee la virtud doble de sanar el pecado y avivar la santidad. Hace que se marchiten todos los frutos de la carne, a la vez que cuida y madura el fruto del Espíritu, el cual es: “amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza” (Gá. 5:22-23). Por medio de esto, no es que la enfermedad del alma sea “sanada un poco”, sino del todo y a fondo. Actúa como el bálsamo renovador del aire cálido del sur para aquel a quien han debilitado la escarcha y la humedad del aire polar. Da un nuevo tono y energía a nuestras facultades, una nueva inclinación y meta a todos nuestros propósitos, y una nueva altura a todas nuestras esperanzas y nuestros anhelos. Le da el golpe de gracia al yo y mortifica nuestros miembros terrenales. Crucifica la carne con sus afectos y lascivias. Es así como con los ojos puestos continuamente en la cruz cada día, como si fuera el primero, nos hace sensibles a la recuperación de la salud de nuestra alma; el mal pierde su control, mientras el bien fortalece y madura.

No se trata sólo de “gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo” (Gá. 6:14), se trata también que de ella recibimos fuerza. Es el lugar de la debilidad porque allí Cristo fue “crucificado en debilidad” (2 Co. 13:4); no obstante, es para nosotros el origen del poder porque así como por la muerte vino la vida, de la debilidad vino la fuerza. Ésta es fuerza, no para una sola cosa, sino para todo. Es fuerza para hacer y para enfrentar cualquier embate, tanto para santidad como para el obrar. El que quiere ser santo o útil tiene que permanecer junto a la cruz. Allí está el secreto del poder y la promesa de victoria. Con ella, luchamos y vencemos. No hay arma que la pueda resistir, ni enemigo que la pueda vencer. Ningún arma puede prosperar contra ella, ni ningún enemigo puede someterla. Con ella, podemos enfrentar las luchas exteriores, al igual que los temores interiores. Con ella, libramos la buena batalla, luchamos contra principados y poderes, “ofrecemos resistencia” y “permanecemos firmes” (Ef. 6:11-13); libramos la buena batalla, terminamos la carrera y guardamos la fe (2 Ti. 4:7).

Junto a la cruz, llegamos a ser imitadores del Crucificado. Anhelamos ser como él; hombres que no vivimos para agradarnos a nosotros mismos (Ro. 15:3), que cumplimos la voluntad del Padre, sin considerar nuestra vida como algo a qué aferrarnos, que amamos a nuestros

prójimos como a nosotros mismos y a los hermanos como él nos ama a nosotros. Somos personas que oramos por nuestros enemigos, que no devolvemos mal por mal, que no nos sublevamos cuando sufrimos, sino que nos entregamos a Aquel que juzga todas las cosas con justicia, que vivimos no para nosotros mismos, que morimos no para nosotros mismos, que estamos dispuestos a despojarnos de nosotros mismos (Fil. 2:7) y a “padecer afrenta por causa del Nombre” (Hch. 5:41), es decir, dispuestos a ocupar el lugar y el nombre de “siervos”, “teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo” (He. 11:26). “Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; más en cuanto vive, para Dios vive” (Ro. 6:10), “para no vivir el tiempo que resta en la carne, conforme a las concupiscencias de los hombres, sino conforme a la voluntad de Dios” (1 P. 4:2).

Junto a la cruz, comprendemos el significado de textos como éste: “Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado” (Ro. 6:6). La crucifixión de nuestro viejo hombre, la destrucción del cuerpo de pecado y la libertad de la esclavitud del pecado se relacionan estrechamente unos con otros, y todos ellos con la cruz de Cristo. O como dijera el Apóstol: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gá. 2:20). Aquí el único Pablo –no dos Pablos ni dos personas– habla de principio a fin, identificándose completamente con Cristo y su cruz. No se trata de una parte de Pablo en esta cláusula y de una distinta en otro lugar. ¡Es un solo Pablo de principio a fin quien es crucificado, muere y vive!

Al igual que Isaac fue recibido de entre los muertos “en sentido figurado” (He. 11:19) e igual como Abraham consideraba a Isaac como haberle sido devuelto de la muerte después de la extraña transacción en Moriah, de la misma manera consideraría y trataría Jehová a este Pablo como un hombre resucitado! ¡Isaac era el mismo Isaac, sin embargo, no el mismo; de la misma manera Pablo era el mismo Pablo y, no obstante, no el mismo! Había pasado por algo que había alterado judicialmente su estado y moralmente su carácter; era nuevo. En lugar del primer Adán, que era de la tierra, era terrenal (1 Co. 15:47), él cuenta con el último Adán, el Señor enviado del cielo para que sea su huésped: “Cristo vive en mí” (Gá. 2:20). El Apóstol está diciendo: “Vivo, pero no yo, sino Cristo en mí”; (tal y como él dice: “pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo” en 1 Corintios 15:10). Y así vive el resto de sus días aquí sobre la tierra, manteniendo su unión con el Hijo de Dios y con su amor. También recibimos revelación sobre este versículo: “Pero los que son de Cristo

han crucificado la carne con sus pasiones y deseos” (Gá. 5:24) y “...lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo” (Gá. 6:14).

Junto a la cruz, obtenemos la Garantía gracias a la muerte de Cristo, y descubrimos más fehacientemente el significado de pasajes como estos: “Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Col. 3:3). Pues habéis muerto con Cristo en cuanto a “...los rudimentos del mundo” (Col. 2:20). Su muerte (y la de usted con Cristo) rompió su relación con el pecado. “Si uno murió por todos, luego [todos murieron]; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos” (2 Co. 5:14b-15). “Porque Cristo para esto murió y resucitó, y volvió a vivir, para ser Señor así de los muertos como de los que viven” (Ro. 14:9).

(Ro. 6:7-12): “Porque el que [ha muerto], ha sido [*justificado*] del pecado. [Es decir, *Cristo pagó el precio del pecado*]. Y si morimos con Cristo [*puesto que morimos con Cristo*], creemos que también viviremos con él; sabiendo que Cristo, [habiendo resucitado] de los muertos, ya no muere; [*no tiene una segunda pena que pagar ni una segunda muerte para sufrir* - He. 9:27-28]; la muerte no se enseñorea más de él porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; [*su muerte terminó con la maldición del pecado una vez y para siempre*] más en cuanto vive, para Dios vive. Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro. No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal [*incluso en su cuerpo* - Ro. 12:1], de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias”.

Hay algo inconfundiblemente solemne en estos pasajes. Son muy distintos, tanto en el tono como en las palabras a la conversación superficial de algunos cuando hablan del evangelio y su perdón. Ah, éste es el lenguaje de alguien que tiene una profunda percepción de que la ruptura con el pecado es uno de los actos más poderosos, al igual que más bendecidos del universo. Ha descubierto cómo ha sido librado de toda condenación y cómo todas las demandas de la justicia contra él han sido satisfechas. Pero más que esto, ha descubierto cómo la garra del pecado puede ser debilitada, cómo una serpiente puede ser desenrollada, cómo sus impurezas pueden ser borradas, cómo puede hacerle frente a sus argucias y vencer sus fuerzas, y ¡lo santo que puede ser! Esto es para él uno de los más grandes y más felices descubrimientos. El perdón en sí es precioso, principalmente como un paso hacia la santidad. Es difícil entender cómo puede alguno, después de leer declaraciones como esas del Apóstol, hablar del pecado, perdón o santidad sin maravillarse. También es incomprensible cómo alguno puede [pensar]

que el perdón que el creyente encuentra en la cruz de Cristo lo libra de la obligación de vivir una vida santa.

Es cierto que el santo sigue teniendo pecado, pero es igualmente cierto que este pecado no lo lleva de vuelta a la condenación. Pero hay una manera de decir esto que casi podría entenderse que permanecer en guardia ya no es tan necesario; que la santidad no es ya de tanta urgencia, que el pecado no es tan terrible como antes. Decirle a un santo que peca que ninguna cantidad de pecado puede alterar su posición perfecta ante Dios que la sangre de Cristo nos otorga, quizá no sea técnica o teológicamente incorrecto; pero esta manera de expresar la verdad no es la de la Epístola a los Romanos o la dirigida a los Efesios. Es casi como decir: “*Continúa* en pecado porque la gracia *abunda*”, lo cual no tiene nada de bíblico. La manera apostólica de expresar este punto es la de 1 Juan 1:9: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Jn. 2:1).

Es así pues, que aquello que cancela la condena provee la pureza. El sacrificio de la cruz, no sólo da perdón, sino que purifica. La sangre del Crucificado es un manantial doble de paz y santidad. Sana, une, fortalece, aviva, bendice... Pero tenemos nuestra cruz para cargar y, durante toda nuestra vida, la estaremos cargando. No es la cruz de Cristo la que debemos cargar: esa es demasiado pesada para nosotros. Además, ya ha sido cargada una vez y para siempre. Pero nuestra propia cruz permanece y mucho de la vida cristiana consiste en cargarla verdadera, sincera y decididamente... La cruz en la cual hemos sido crucificados con Cristo y la cruz que cargamos son diferentes; no obstante, ambas van en la misma dirección y nos llevan por un mismo camino. Ambas protegen contra el pecado y llaman a la santidad. Ambas “condenan al mundo” y demandan separación de él. Nos ponen a una altura tan elevada y tan sobrenatural que las preguntas que pueda haber con referencia a la conveniencia de conformarse a los caminos del mundo son contestadas en cuanto son hechas; y las falacias de la carne, que incluyen parrandas y juergas, no nos sorprenden para nada. El reino está a la vista, el camino es claro, la cruz está sobre nuestros hombros y énos vamos apartar para ir en pos de la moda, de frivolidades, placeres y bellezas irreales, aunque sean inofensivas, como dicen los hombres que los son?

Tomado de *God's Way of Holiness* (El camino de Dios a la santidad) reimpresso y a su disposición de Chapel Library como libro de tapa blanda en inglés.

Horatius Bonar (1808-1889): Pastor presbiteriano escocés, cuyos poemas, himnos y tratados religiosos eran sumamente populares durante el siglo XIX; nacido en Edimburgo, Escocia.

DIRECTIVAS PARA LA MORTIFICACIÓN

John Owen (1616-1683)

Ponga su fe en Cristo para hacer morir su pecado: Su sangre es el gran remedio soberano para sanar las almas enfermas de pecado. Ponga en práctica esto y morirá siendo un conquistador; sí, por la providencia misericordiosa de Dios, vivirá hasta ver muertos a sus pies los deseos de la carne.

Pero preguntará usted: “¿Cómo se manifestará la fe en Cristo con este fin y propósito?”. Mi respuesta es que lo hace de varias maneras.

(1) Por fe, llene su alma de esa provisión que hay en Jesucristo para este fin y propósito: Que todos sus deseos, todas las lascivias en que anda enredado, sean mortificadas. Por fe, reflexione en esto: Usted por sí solo, no puede vencer sus pecados. Aunque ya esté cansado de luchar y esté a punto de desmayar, hay en Jesucristo suficiente poder para darle alivio (Fil. 4:13)... En sus peores momentos de desesperación y angustia, considere aquella plenitud de gracia, esas riquezas, esos tesoros de fuerza, poder y auxilio que él tiene para sostenernos (Jn. 1:16; Col. 1:19). Deje que penetren y permanezcan en su mente. Considere que él fue exaltado y hecho príncipe para dar arrepentimiento a Israel y perdón de pecados (Hch. 5:31), también para dar mortificación, sin la cual, lo primero no sucede ni puede suceder. Cristo nos dice que permaneciendo en él (Jn. 15:4) podemos ser objeto de su gracia.

Actuar por fe en la plenitud que hay en Cristo para contar con nuestra porción de ella es una manera sustancial de permanecer en Cristo porque, tanto nuestra inserción como permanencia en él son por fe (Ro. 11:19-20). Deje que su alma se ejercite por fe con pensamientos como estos: “Soy una pobre y débil criatura, inestable como el agua. No me puedo superar. Esta corrupción es demasiado difícil para mí y está a punto de arruinar mi alma. No sé qué hacer. Mi alma es como tierra seca y morada de dragones. He hecho promesas y no las he cumplido; mis votos y compromisos han sido un fracaso total. Me he convencido muchas veces, de que había logrado la victoria y estaría a salvo. Pero me engañaba y ahora veo claramente que sin una buena medida de ayuda y auxilio, estoy perdido y lo seguiré estando hasta haberme entregado totalmente a Dios. Sin embargo, aunque sea éste mi estado y condición, levántense mis brazos caídos y fortalézcanse mis débiles rodillas. He aquí que Cristo, el Señor, quien tiene toda plenitud de gracia en su corazón y toda plenitud de poder en su mano, es capaz de

arrasar con todos estos enemigos. Hay en él suficiente provisión para aliviarme y ayudarme. Él puede tomar mi alma caída y moribunda, y hacerme más que vencedor... Puede hacer que la aridez de mi alma se convierta en un estanque y que mi corazón sediento y estéril sea como manantiales de agua. Sí, él puede convertir esta morada de dragones, este corazón tan lleno de deseos abominables y tentaciones infernales, en un lugar de verdes pastos y frutos para sí (Is. 35:7)".

De esa manera, Dios sostuvo a Pablo en su hora de tentación con la suficiencia de su gracia: "Bástate mi gracia" (2 Co. 12:9)... Le insto, entonces, que por fe tenga muy en cuenta esa provisión y plenitud en Jesucristo y que confíe en que puede darle fuerza y liberación en el momento que lo necesite...

(2) Cobre ánimo su corazón por fe en la esperanza del socorro de Cristo. El socorro de Cristo, en este caso, es como la visión del profeta: "Aunque la visión tardará aún por tiempo, más se apresura hacia el fin, y no mentirá: aunque se tardare, espéralo, porque sin duda vendrá; no tardará" (Hab. 2:3). Aunque parezca que la espera es larga cuando está pasando por momentos de preocupación y angustia, seguramente el socorro llegará en el tiempo determinado por el Señor Jesús, éste será el mejor tiempo. Si entonces puede cobrar ánimo seguro de que el alivio de Jesucristo llegará... su alma estará satisfecha. Es seguro que él lo librará. Dará muerte a su deseo carnal y el resultado será la paz. Espere sólo el socorro de la mano de Cristo. Viva en la expectativa de cuándo y cómo actuará. "Si vosotros no creyereis, de cierto no permaneceréis" (Is. 7:9)... ¿Acaso no debieran todas nuestras expectativas basarse en Cristo únicamente? Fije esto en su corazón: Si no tiene alivio de él, nunca recibirá nada. Todos los caminos, esfuerzos y luchas que no son motivados por esta esperanza del socorro de Cristo y de él únicamente, son inútiles y no le harán ningún bien... Ahora, para comprometerlo a usted más con esta expectativa,...

i. Considere su misericordia, ternura y bondad, ya que él es nuestro gran Sumo Sacerdote a la diestra de Dios. No hay duda de que se compadece de usted en su angustia. Dice: "Como aquel a quien consuela su madre, así os consolaré yo a vosotros, y en Jerusalén tomaréis consuelo" (Is. 66:13). Tiene ternura semejante a la de una madre que amamanta a su hijo. "Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo. Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados" (He. 2:17-18). ¿Cómo nos presenta la Palabra, la habilidad de Cristo en razón de sus sufrimientos? "Padeció... siendo tentado, es

poderoso”. Habiendo sufrido y sido tentado, es poderoso para romper todas las barreras que puedan impedir el alivio de las pobres almas que también son tentadas: “es poderoso para socorrer”... Puede ahora socorrer, por haber sido tentado él mismo. Por esa habilidad, podemos decir: “Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” (He. 4:15-16). La exhortación del versículo 16 confirma lo que estoy aseverando de que podemos esperar confiadamente el socorro de Cristo que el Apóstol llama: “gracia para el oportuno socorro”. El alma dice: “Si alguna vez el socorro es oportuno, lo es para mí en este momento. Esto es lo que anhelo: gracia para el oportuno socorro. Estoy pronto a morir y a estar perdido para siempre. La iniquidad me vencerá si no recibo ayuda”. El Apóstol exhorta: “¡Espera esta ayuda, este socorro, esta gracia de Cristo!”. Sí, pero ¿por qué? Por lo que expresa el versículo 15... Afirmo sin vacilar que posicionar el alma por fe en la esperanza de que el socorro que viene de nuestro Sumo Sacerdote sirve para aniquilar los deseos de la carne y es la mejor y más rápida manera de hacer morir esos deseos. Los resultados son mucho mejores que la forma severa de automaceración¹⁰ que puedan practicar los hijos de los hombres. Agregaré que ningún hombre que haya elevado su alma por fe, esperando el oportuno socorro con expectativa de recibir alivio por parte de Cristo, ha perecido ni perecerá jamás por el poder de cualquiera de los deseos de la carne.

ii. Considere la fidelidad del que ha prometido. Él puede levantarlo y confirmarlo en esta expectativa de socorro. Él ha prometido su socorro en tales casos y cumplirá su palabra hasta las últimas consecuencias. Dios nos dice que su pacto con nosotros es como las “leyes” del cielo –el sol, la luna y las estrellas– que tienen sus cursos establecidos (Jer. 31:35). Por esto decía David que esperaba a Dios como uno espera la mañana, algo que ciertamente llegará en su momento debido. Así sucederá también con el socorro de Cristo. Llegará justo cuando tiene que llegar, como el rocío de la mañana y la lluvia sobre tierra seca porque fiel es quien prometió... El que espera algo de los hombres se ocupa de encontrar los medios y maneras de obtener lo que desea. El mendigo que espera limosnas se sienta a la puerta de los templos o en el

¹⁰ **Automaceración** – Debilitamiento progresivo del cuerpo, especialmente por hambruna o ayuno.

camino de quien espera que se las dé. La manera y los medios por los que Cristo se da a conocer ordinariamente, es por sus decretos. Aquel que espera algo de él debe reconocerlo como su Señor. Es la expectativa de la fe lo que mueve el corazón a obrar. No estoy hablando de una esperanza superficial sin fundamento. Si la oración ha de tener algún vigor, eficacia y poder... con miras a mortificar el pecado, de seguro será cuando el hombre pone su mirada en Cristo, de quien proviene el socorro que llenará sus expectativas... ¿Quién ha caminado con Dios al verse tentado y no lo ha encontrado útil y ha sido exitoso? Creo que lo dicho es más que suficiente. Quisiera mencionar sólo algunos detalles relacionados con este tema:

Primero, ponga su fe sólo en la muerte, sangre y cruz de Cristo o sea, en Cristo sacrificado en la cruz. La mortificación o sea, la muerte del pecado, es exclusivamente por la muerte de Cristo. De hecho, es un propósito exclusivo e importante de la muerte de Cristo que se cumplirá indefectiblemente. Murió para destruir las obras del diablo. Sea lo que fuere que nos haya producido nuestra primera tentación, sean las que fueren nuestras tentaciones diarias, recibamos todos los días fuerzas al recordar que *Cristo murió para destruirlo todo*. “Quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras” (Tit. 2:14). Estas fueron su meta y su intención al darse a sí mismo por nosotros, y es seguro que *nunca fracasarán*. Su designio fue que quedáramos libres del poder de nuestros pecados y purificados de todos nuestros deseos carnales corruptos. “Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha” (Ef. 5:25-27). Y esto, en virtud de su muerte, *se cumplirá* en diversos y variados grados. Por lo tanto, nuestro lavamiento, purificación y limpieza se adjudica en todas partes a su sangre (1 Jn. 1:7; He. 1:3; Ap. 1:5). Su sangre rociada sobre nosotros limpia nuestra conciencia de “obras muertas para que sirváis al Dios vivo” (He. 9:14). Ésta es nuestra meta, esto es lo que buscamos: que nuestra conciencia sea limpia de obras muertas, que estas puedan ser arrancadas de raíz, destruidas para nunca volver a ocupar un lugar en nosotros. Esto se cumplirá indefectiblemente por la muerte de Cristo. De ella emana la virtud para cumplir este propósito.

Ciertamente, toda provisión del Espíritu, todas las comunicaciones de gracia y poder de él proceden, del sacrificio de la cruz... El Apóstol lo dice así (Ro. 6:2). *Muerto al pecado* por profesión; *muerto al pecado* por obligación de serlo; *muerto al pecado* por la participación de la virtud y

el poder para matarlo; *muerto al pecado* por la unión y perseverancia en Cristo y por quien es muerto; ¿cómo, entonces, viviremos “aún en él?” “¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?” (Ro. 6:3). Tenemos en el bautismo una evidencia de nuestra implantación en Cristo¹¹; somos bautizados en él. Pero, ¿qué es lo que resulta de gran interés al decir que somos bautizados en él? “Su muerte”, dice él. Si de hecho somos bautizados en Cristo fuera de toda profesión externa, somos bautizados en su muerte. El Apóstol nos da una explicación de lo que significa ser bautizado en la muerte de Cristo: “Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva” (Ro. 6:4)... Lo que quiere decir el Apóstol es que Cristo por su muerte –destruyendo las obras del diablo, procurando al Espíritu para nosotros– ha dado muerte al pecado, en lo que respecta a su reinado en los creyentes, de modo que no logra su propósito ni dominio.

En segundo lugar, ponga entonces su fe en la muerte de Cristo, con estos dos propósitos: Primero, en espera de *poder*. Segundo, en búsqueda de *conformidad*... Que su fe esté puesta en el Cristo del evangelio, el cual proclama que murió y fue crucificado por nosotros. Contéplelo bajo el peso de sus pecados, orando, sangrando, muriendo; tráigalo en esa condición a su corazón por fe, aplique su sangre derramada por sus corrupciones. Haga esto todos los días.

Tomado de “The Mortification of Sin in Believers” (La mortificación del pecado en los creyentes) en *The Works of John Owen* (Las obras de John Owen), Tomo 6, reimpreso por The Banner of Truth Trust.

John Owen (1616-1683): Predicador y autor congregacionalista, conocido como “El Príncipe de los puritanos”; nacido en Oxfordshire, Stadharn, Inglaterra.



El pecado usa toda su fuerza contra cada acto de santidad y contra cada grado de crecimiento en nosotros. Nadie crea que está progresando en santidad si no está haciendo morir los deseos de la carne.

—John Owen

¹¹ **Implantación en Cristo** – La unión por medio del poder regenerador del Espíritu Santo.

MORTIFICANDO EL PECADO POR EL ESPÍRITU SANTO

David Martyn Lloyd-Jones (1899-1981)

*“Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne: porque si viviereis conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu mortificáis las obras de la carne, viviréis”
(Romanos 8:12-13 - Reina Valera Antigua).*

La santificación es un proceso en el cual el hombre cumple un papel, en el que es llamado a hacer algo “por el Espíritu” que mora en él. Consideremos ahora qué exactamente es lo que tiene que hacer. La exhortación, el mandato es: “Si por el Espíritu mortificáis las obras de la carne...”. El cristiano es llamado a mortificar [o sea, hacer morir] las obras de la carne.

Tenemos que enfocarnos primero en la palabra *carne*, que se refiere a nuestro cuerpo físico, nuestra estructura física, como lo hizo también en el versículo 10. No significa “estar en la carne”. Aun el reconocido Dr. John Owen se equivoca en este punto y lo encara como “estar en la carne” y no la carne como sinónimo de cuerpo¹². Lo ha hecho en los versículos 10 y 11, y en el capítulo 6:12. Se está refiriendo a este cuerpo físico en el cual aún mora el pecado, pero que un día se levantará “incorruptible”¹³ y glorificado, para ser como el cuerpo glorificado de nuestro Señor y Salvador. Vuelvo a subrayar que tenemos que entender claramente este asunto porque corre gran peligro de ser mal entendido. La enseñanza no es que el cuerpo humano sea inherentemente pecaminoso ni que lo sea la materia. Hubo herejes que enseñaban ese error conocido como *dualismo*. Por el contrario, el Nuevo Testamento enseña que el hombre fue hecho [bueno] en cuerpo, alma y espíritu. No enseña que la materia fue siempre mala y que, por lo tanto, el cuerpo ha sido siempre malo. *Hubo* un tiempo cuando el cuerpo... era totalmente libre de pecado; pero cuando el hombre cayó, cuando pecó, todo su ser se convirtió en pecaminoso, de cuerpo, mente y espíritu. Pero hemos visto

¹² Pink presenta una perspectiva algo diferente en el primer artículo: *La doctrina de la mortificación*.

¹³ **Incorruptible** – Incapaz de corromperse físicamente; aquello que no puede descomponerse o morir.

que en el nuevo nacimiento, el espíritu del hombre ya ha sido liberado. Recibe vida nueva: “El espíritu vive a causa de la justicia” (Ro. 8:10). Pero aun así, “el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado” (8:10). ¡Ésta es la enseñanza del Nuevo Testamento! Es decir, aunque el cristiano ha sido regenerado¹⁴, el pecado todavía está en su cuerpo mortal moribundo. He aquí el problema de vivir la vida cristiana, he aquí la lucha y la disputa contra el pecado mientras estemos en este mundo porque el cuerpo es todavía la sede y el instrumento del pecado y la corrupción. Nuestros cuerpos no han sido liberados todavía. Lo serán, pero mientras tanto, hay pecado en ellos. Como hemos visto, el Apóstol enuncia esto claramente. En 1 Corintios 9:27, dice: “Golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre” porque el cuerpo nos impulsa a cometer actos pecaminosos. No es que los instintos del cuerpo sean en sí y por sí mismos pecaminosos. Los instintos son naturales y normales, y no son inherentemente pecaminosos. Pero el remanente de pecado en nosotros siempre está tratando de convertirlos en “afectos libertinos”, en exagerarlos; trata de hacer que comamos demasiado, bebamos demasiado y de hacernos complacer demasiado a todos nuestros instintos hasta convertirse en “libertinos”. Y viéndolo desde el lado opuesto, este principio pecaminoso trata de impedir que demos atención al proceso de disciplina y dominio propio al que nos llaman constantemente las páginas de las Escrituras. El pecado que todavía queda en el cuerpo, tiende a actuar de esta manera. Por ello, el Apóstol habla de “las obras de la carne”. Trata de convertir lo natural y lo normal en algo pecaminoso y malvado.

El significado del término *mortificar* es claro. “Mortificar” es morir, hacer morir... Por lo tanto, la exhortación es que tenemos que “hacer morir”, dar fin a “las obras de la carne”. Ésta es la gran exhortación del Nuevo Testamento en relación con la santificación, desde el punto de vista práctico, y va dirigida a todos los creyentes.

¿Cómo se debe realizar esta obra?... El Apóstol lo dice claramente. “Si por el espíritu mortificáis las obras de la carne”... “¡por el Espíritu!” El Espíritu es mencionado de una manera especial, por supuesto, porque su presencia y su obra son la marca especial y singular del verdadero cristianismo. Esto es lo que distingue al cristianismo de la moralidad, del “legalismo” y del falso puritanismo: “¡por el Espíritu!”. Como hemos visto que el Espíritu Santo mora en nosotros como cristianos, no podemos ser cristianos sin él. Si somos cristianos, el Espíritu

¹⁴ **Regenerado** – Cambiado espiritualmente por el poder del Espíritu Santo; nacido de nuevo.

Santo de Dios está en nosotros y obrando en nosotros. Nos capacita, nos da fuerzas, nos da poder. Mediante él, se hace realidad la gran salvación que el Señor Jesucristo logró para nosotros en el sacrificio de la cruz. Por lo tanto, los cristianos nunca debemos quejarnos de falta de habilidad y poder. Que un cristiano diga: “No puedo hacerlo”, es negar las Escrituras. Aquel en quien mora el Espíritu Santo nunca debe decir algo así: es negar esta verdad en él.

Como dice el apóstol Juan en el capítulo 1, versículo 16 de su Evangelio, cristiano es el que puede decir: “Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia”. Luego, en el capítulo 15, describe a los creyentes como los pámpanos de la Vid verdadera, por lo que nunca hemos de decir que no tenemos poder. Es cierto que el diablo es activo en el mundo y que tiene gran poder, pero “mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo” (1 Jn. 4:4). O, como dice 1 Juan 5:18-19: “Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado”. No practicar el pecado es lo mismo que decir que no sigue pecando. ¿Por qué no? “El que fue engendrado por Dios le guarda” —o sea el Señor Jesucristo— “el maligno no le toca”. Ésta, dice Juan, es la verdad acerca de todo cristiano. El cristiano no sigue viviendo en pecado porque Cristo vive en él y el maligno no lo puede tocar. No sólo que no lo puede controlar, ni siquiera lo puede tocar. El creyente no cae bajo el poder del maligno. Y luego para sellar la verdad, Juan dice en el versículo 19: “Sabemos que... [hemos] nacido de Dios”, pero por otro lado dice: “El mundo entero está bajo el maligno”. El mundo está en los brazos del maligno quien lo controla... Tiene al mundo y a los que son del mundo enteramente en sus garras y bajo su control, convirtiéndolos en sus víctimas indefensas. No hay por qué decirles a estos que “mortifiquen las obras de la carne”; no pueden hacerlo porque están en las manos del diablo. Pero el caso del cristiano es muy distinto; el cristiano es “de Dios” y el maligno ni siquiera lo puede tocar. Puede gritarle, en ocasiones puede asustarlo, pero no puede tocarlo y mucho menos controlarlo.

Estas son afirmaciones típicas del Nuevo Testamento con respecto al cristiano; y al tomar conciencia de que el Espíritu está en nosotros, tendremos la experiencia de su poder. Siendo así, somos llamados a usar y practicar el poder que está en nosotros por medio del Espíritu Santo que mora en nosotros. “Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne”. La exhortación es que pongamos en práctica el poder que está en nosotros “por el Espíritu”. El Espíritu es poder y él está morando en nosotros, y por eso el Señor nos insta a ejercitar el poder que está en nosotros.

Pero, ¿cómo se manifiesta esto en la práctica?... Para empezar, tenemos que entender espiritualmente nuestra posición porque muchos de nuestros problemas se deben al hecho de que no nos percatamos y no recordamos quiénes somos y lo que somos como cristianos. Muchos creen que no tienen poder, que no pueden hacer esto ni aquello. Lo que realmente necesitan que les digan no es que son inservibles, que no se den por vencidos, sino saber lo que dice 2 Pedro 1:2-4: “Gracia y paz os sean multiplicadas, en el conocimiento de Dios y de nuestro Señor Jesús. Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad...”. *Todo* lo que pertenece “a la vida y a la piedad” nos ha sido dado “mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia,...”. Dice además: “...por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas [*las preciosas y grandísimas promesas*] llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia;...”.

Aun así, los cristianos se lamentan y quejan de que no tienen fuerza. La respuesta para gente así es: “Todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad, le han sido dadas. Deje de lamentarse, murmurar y quejarse. Levántese y use lo que hay en usted. Si es usted cristiano, tiene el poder dado por el Espíritu Santo; no es un inservible”. Pero el apóstol Pedro no termina allí. En el versículo 9 del mismo capítulo dice: “Pero el que no tiene estas cosas tiene la vista muy corta; es ciego, habiendo olvidado la purificación de sus antiguos pecados”, —es decir, el hombre que no hace las cosas que le ha estado exhortando a hacer— “es ciego”. Es corto de vista, “no puede ver de lejos”. No tiene un concepto acertado de la vida cristiana. Está hablando y viviendo como si todavía no fuera regenerado. Dice cosas tales como: “No puedo seguir siendo cristiano. Es demasiado para mí”. Pedro le insta a conocer la verdad acerca de sí mismo. Necesita ser avivado; necesita que le abran los ojos y que le refresquen la memoria. Necesita ponerse en marcha y trabajar, en lugar de quejarse de sus deficiencias.

Además, hemos de tener conciencia que si somos culpables de pecado, estamos contristando “al Espíritu Santo de Dios” que mora en nosotros (Ef. 4:30). Cada vez que pecamos, no es sólo el hecho de hacerlo y sentirnos mal lo que más importa, sino entristecer al Espíritu Santo de Dios que mora en nuestro cuerpo. ¿Cuándo pensamos en eso? He notado que cuando alguien se me acerca para hablar de este tema, habla siempre de *él mismo*: “Mi fracaso”. “Caigo constantemente en este pecado”. “Este pecado me está venciendo”. Habla exclusivamente de *sí mismo*. No habla de su relación con el Espíritu Santo y por esta razón: El que se da cuenta que el problema principal en su vida pecaminosa es

que está entristeciendo al Espíritu Sano, deja de hacerlo inmediatamente y lo encara. Ya no se preocupa principalmente de sus propios sentimientos; cuando tiene conciencia de que está entristeciendo al Espíritu Santo de Dios, entra inmediatamente en acción tomando de inmediato, las medidas que corresponden.

Otra consideración muy importante bajo este encabezado general es que debemos tener siempre presente nuestra meta final. Pedro enfatiza esto en ese mismo capítulo, diciendo: “Haciendo estas cosas, no caeréis jamás. Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 P. 1:10b-11). Dice que si hacen estas cosas que les exhorta hacer, su muerte, cuando llegue, será maravillosa; no porque de alguna manera entren al reino de Dios, sino porque gozarán de una entrada “amplia y generosa”. Será una procesión triunfante, las puertas se abrirán y habrá gran regocijo! No se está refiriendo a nuestra salvación presente, sino a nuestra glorificación¹⁵ final, nuestra entrada “en las moradas eternas” (Lc. 16:9). Por lo tanto, debemos mantener nuestra mirada en esa meta. *Nuestro problema más grande es que estamos siempre mirándonos a nosotros mismos y mirando al mundo.* Si nos consideráramos más y más como peregrinos (lo cual somos), caminando hacia la eternidad, toda nuestra actitud se transformaría. Pablo declaró eso aquí [en Romanos 8:11]: Pongan su mirada en eso, dice en efecto, mantengan su mirada en la meta. Juan dice lo mismo en su primera epístola: “Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro” (1 Jn. 3:2-3). La causa de la mayoría de nuestros problemas como cristianos es que vivimos para este mundo y en el tiempo. Insistimos en olvidar que aquí no somos más que “peregrinos y extranjeros”. Pertenecemos al cielo: Nuestra ciudadanía está en el cielo (Fil. 3:20) y allí nos dirigimos. Si mantuviéramos esto como pensamiento principal en nuestra mente, este problema de nuestra lucha contra el pecado tomaría otra dimensión...

Pasemos ahora de lo general a lo particular, sin olvidar, al hacerlo, que todo se hace “por el Espíritu” y con una mente iluminada por el

¹⁵ **Glorificación** – La última etapa de la salvación, a saber, la resurrección del cuerpo en la segunda venida de Jesucristo y la entrada del creyente al Reino de Dios consumado. En la glorificación, los creyentes obtendrán una conformidad total con la imagen y semejanza de Cristo glorificado y estarán libres de defectos tanto físicos como espirituales.

Espíritu. ¿Qué tenemos que hacer en particular? La enseñanza del Apóstol puede ser entendida mejor bajo dos encabezados principales: Directo o negativo e indirecto o positivo.

Bajo el encabezado directo o negativo, lo primero es que el cristiano tiene que “abstenerse de pecado”. ¡Es así de sencillo y directo! “Amados...”, dice Pedro en su primera epístola, capítulo 2, versículo 11: “...os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma”. Más claro, imposible. No hay ninguna indicación de que estemos “absolutamente sin esperanza” y que debemos dejar de luchar y “dejárselo todo” al Señor resucitado. “Amados, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis...”. ¡Dejemos de hacerlo, detengámonos inmediatamente, nunca volvamos a hacerlo! Tenemos que abstenernos totalmente de estos pecados, estos “deseos carnales que batallan contra el alma”. No tenemos ningún derecho a decir: “Soy débil, no puedo y la tentación es poderosa”. La consigna del Nuevo Testamento es: “Dejen de hacerlo”. No necesitan un hospital ni un tratamiento; tienen que calmarse y reflexionar que son ustedes como “extranjeros y peregrinos”. La consigna es: “*Absténganse*”. No tienen por qué meterse en esas cosas. Recuerden nuevamente la enseñanza de Efesios 4: “El que hurtaba, no hurte más”. “Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca”. ¡Nada de estas palabras necias ni de bromas con doble sentido! ¡No lo hagan! ¡Absténganse! Es así de sencillo y así de práctico. ¡Basta!

En segundo lugar y, particularmente, para citar de nuevo al Apóstol en Efesios 5:11-12: “Y no participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien reprendedlas; porque vergonzoso es aun hablar de lo que ellos hacen en secreto”. Note que dice: “*Y no participéis...*”. No sólo debe abstenerse de tales cosas, tampoco debe juntarse con los que las hacen o que tienen ese estilo de vida. El principio rector del cristiano debe ser: No asociarse con personas de ese tipo. No tengamos comunión con el mal, sino apartémonos de él y mantengámonos lo más lejos posible de él.

Otra expresión es “...golpeo mi cuerpo...” (1 Co. 9:27). “...y lo pongo en servidumbre...”, dice el Apóstol. “Todos a la verdad corren, pero uno solo se lleva el premio. Corred de tal manera que lo obtengáis”; es decir, el que compite en las carreras, se disciplina. Cualquiera que se entrena para participar en grandes justas atléticas cuida mucho su dieta, deja de fumar y no toma bebidas alcohólicas. ¡Qué cuidadoso es! ¡Y todo porque quiere ganar el premio! Si hace eso, dice Pablo, por coronas perecederas, cuanto más debíamos nosotros disciplinarnos para ganar una corona incorruptible... El cuerpo tiene que ser sometido-

do. Las palabras de nuestro Señor en Lucas 21:34, indican cómo hacerlo: “Mirad también por vosotros mismos...”, —está hablando a sus seguidores— “...que vuestros corazones no se carguen de glotonería y embriaguez y de los afanes de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día”. No comamos ni bebamos demasiado, no nos preocupemos demasiado con las cosas del mundo. Comamos lo suficiente, comamos alimento saludable, no seamos glotones. Si uno abusa de su cuerpo por lo que come o bebe o cualquier otra cosa, le será más difícil vivir una vida cristiana santificada y más difícil mortificar las obras de la carne. Por lo tanto, evitemos los impedimentos como estos y vivamos una vida normal, disciplinada y ordenada en todo sentido; de otra manera nuestro cuerpo será vencido por la pereza, el desgano, la indiferencia, el aburrimiento y la apatía; y existe una relación tan íntima entre el cuerpo, la mente y el espíritu que nos significará muchos problemas en nuestra guerra espiritual. “Golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre,...”.

Otra máxima usada por el Apóstol en esta Epístola a los Romanos, la encontramos en el capítulo 13, versículo 14: “Vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne”. Si quiere usted mortificar las obras de la carne, “no provea para los deseos de la carne”. ¿Qué significa esto? Encontramos una luz muy clara en cuanto al significado en el primero de los Salmos. Ésta es la receta: “Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos” (Sal. 1:1). Si quiere usted vivir una vida consagrada y ser capaz de mortificar las obras de la carne, no pase el tiempo parado en las esquinas de las calles porque, si lo hace, caerá en pecado. Si anda donde es muy posible que se cometan pecados, no se sorprenda si cae. Si sabe que ciertas personas tienen una mala influencia sobre usted, evítelas, manténgase apartado de ellas. Quizá diga usted: “Pero ando con ellas para poder ayudarles y, sin embargo, ellos me llevan a pecar”. Si es así, no está usted en posición para ayudarles...

El sabio dice en el libro de Job: “Hice pacto con mis ojos” (Job 31:1). “Mira derecho para adelante”, dice, “no mires ni a derecha ni a izquierda, cuida esos ojos para que no se extravíen, esos ojos que parecen moverse casi automáticamente y que buscan cosas que lo tienten e incitan a pecar”. “Haga un pacto con sus ojos”, dice Job, decídase a no mirar nada que tienda a llevarlo a pecar. ¡Si fue importante en la antigüedad, cuanto más lo es hoy, cuando tenemos periódicos, cines, anuncios publicitarios, televisores, etc.! Si alguna vez tuvo el hombre necesidad de hacer pactos con sus ojos, es ahora. Tenga cuidado con lo que lee. Si lee ciertos periódicos, libros y revistas que sabe que le pueden hacer daño, evítelos. Tiene que evitar cualquier cosa que lo dañe y que debili-

te su resistencia. No mire en su dirección, no tenga nada que ver con ellos... La Palabra de Dios le dice que “mortifique las obras de la carne”, que “no provea para los deseos de la carne”. Gracias a Dios por un evangelio poderoso; gracias a Dios por un evangelio que nos dice que ahora somos seres responsables en Cristo, que nos llama a actuar de una manera que glorifica al Salvador. Entonces, “no proveáis para los deseos de la carne”.

Mi próximo punto es de suma importancia: Hágale frente a los primeros indicios y movimientos de pecado y tentación en su interior; enfrentelos en el momento cuando aparecen. Si no lo hace, está perdido. Fracasará, como nos enseña la Epístola de Santiago: “Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de parte de Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie; sino que cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte”. (Stg. 1:13-15). El primer indicio es tentación, una leve inquietud de lascivia y seducción. En ese momento es cuando tiene que hacerle frente y solucionarlo. Si no lo hace en esta etapa, será vencido. Córdelo de raíz; hágalo inmediatamente; nunca le dé el más mínimo poder. No lo acepte para nada. Quizá se sienta inclinado a decir: “Y bueno, no es que vaya a hacer esto”. Ay, si lo acepta usted en su mente y empieza a entretener la idea, a jugar con ella en su imaginación, ya ha sido vencido. Según nuestro Señor, ya ha pecado. No tiene que realmente cometer el acto; con que lo piense es suficiente. Darle un lugar en su corazón es pecado a la vista de Dios, quien nos conoce a la perfección y lee aun lo que sucede en nuestro corazón y nuestra imaginación. Por lo tanto, córtelo de raíz, no tenga nada que ver con él, deténgalo al instante, al primer indicio, antes de que ese proceso indigno descrito por Santiago empiece a suceder.

Pero recuerde esto –y esto puede ser nuestro próximo punto–, eso no significa *represión*. Si uno solamente reprime una tentación o este primer indicio de pecado, es probable que vuelva a aparecer otra vez y ahora con más fuerza. En esto, coincido con la psicología moderna. La represión es siempre mala. “Bueno, entonces ¿qué hago?” –puede preguntar alguno–. Respondo: Cuando siente usted ese primer indicio de pecado, levántese y diga: “No voy a tener nada que ver con esto”. Exponga la cosa y diga: “Esto es pecaminoso, esto es vil, esto fue lo que expulsó al primer hombre del Paraíso”. Arránquelo, mírelo, denúncielo, aborrézcalo por lo que es; sólo entonces, lo habrá extirpado. No tiene que echarlo fuera con un espíritu de temor y de timidez. Sáquelo a la vista, expóngalo y analícelo; y luego denúncielo por lo que es hasta

aborrecerlo.

Mi último punto bajo este encabezado, es que, si a pesar de todo, cae usted en pecado (¿y quién no?), no se cure con demasiada facilidad, ni demasiada prisa. Busque 2 Corintios 7 y lea lo que dice: “La tristeza que es según Dios produce arrepentimiento”. Encare una vez más lo que ha hecho. Mírelo, analícelo, expóngalo, denúncielo, aborrézcalo y confíeselo. ¡Pero no de manera que caiga usted en la profundidad de la depresión y desesperación! Siempre tendemos a ir a los extremos; somos demasiado superficiales o demasiado profundos. No hemos de curar “la herida [...] con liviandad” (Jer. 6:14), pero tampoco tenemos que caer en la desesperación y depresión y decir que todo está perdido, que no podemos ser cristianos en absoluto y volvemos a estar bajo condenación. Eso es igual de equivocado. Tenemos que evitar ambos extremos. Comprométase a hacer un examen sincero de usted mismo y de lo que ha hecho, y condénese a sí mismo y su obra sin reservas.; pero luego sea consciente que al confesárselo a Dios, sin presentar ninguna excusa “él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Jn. 1:9). Si hace esto “superficialmente”, volverá a caer en pecado; y si cae en el desánimo, se sentirá sin esperanza, al grado que caerá en pecado repetidamente. Un ambiente de desesperanza y fracaso lleva a más fracaso. No caiga en ninguno de estos errores, en cambio, ocúpese de la obra de la manera como el Espíritu siempre nos instruye que lo hagamos.

Tomado de *Romans: An Exposition of Chapter 8:5-17, The Sons of God* (Romanos: Una exposición del capítulo 8:5-17, los hijos de Dios), pp 132-144, publicado por The Banner of Truth Trust. Usado con permiso. www.banneroftruth.org

David Martyn Lloyd-Jones (1899-1981): Quizá es el mejor predicador expositivo del siglo XX. Sucesor de G. Campbell Morgan como pastor de Westminster Chapel, Londres, Inglaterra, 1938-68; nacido en Cardiff, Gales.



Y esto es lo primero que hace el Espíritu para la mortificación de cualquier lascivia: Convince al alma de toda su impiedad, cercena todos sus ruegos, descubre todos sus engaños, detiene todas sus evasivas, tiene respuestas para sus pretensiones, obliga al alma a admitir su abominación y a caer bajo el peso de sentirla... Sólo el Espíritu establece en el corazón, la expectativa de recibir alivio de Cristo.

—John Owen

PELIGROS DE NO MORTIFICAR EL PECADO

Ezekiel Hopkins (1634-1690)

1 Si usted no mortifica su cuerpo, está frustrando la finalidad de sus gracias. ¿Ha implantado Dios en usted un principio noble, activo y divino que resultará victorioso si lo emplea? ¿Y está decidido usted –cuyos deseos carnales y tentaciones están invadiendo su alma y haciéndola su presa– a vivir según ese principio y regirse por él? La gracia tiene en sí, una aversión y repugnancia contra el pecado y, donde tiene libertad de hacerlo, lo destruirá. El Apóstol nos dice: “Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis” (Gá. 5:17). Y, ¡qué! ¿Acaso se queda el Espíritu inactivo y silencioso bajo tal... oposición? No, dice él: “El Espíritu” también “lucha contra la carne”. En cuanto ve una corrupción comienza a agitar y sacudir el corazón, y pronto la ataca. La ataca y la vence si es que su engañoso corazón no lo traiciona y armoniza con los deseos de la carne. Ahora considere:

i. **¿No es esto gran ingratitud y falta de sinceridad contra Dios, el Dios de toda gracia?** Él, quien al ver su debilidad e impotencia para enfrentar esas corrupciones poderosas que atacan, rugen y quieren dominar su interior, ha enviado el auxilio y socorro de su gracia divina para ayudarle. Y usted la traiciona y entrega para ser abusada, si es posible aun para que sus deseos carnales tarde o temprano acaben con su vida...

ii. **¿No es una locura y necesidad grave descuidar u obstaculizar la gracia divina provista para defenderlo y luchar por usted?** ¡Ay! La lucha no es de la gracia, sino suya; y no es nada menos que su salvación eterna o su condenación eterna lo que está en juego aquí. Cuando se presenta la corrupción en toda su manifestación y con el diablo a la cabeza, ¿cree acaso que usted puede hacerles frente sin ayuda? La gracia está a su lado para brindarle un socorro seguro, ¿y lo rechaza usted evidenciando que no le interesa su auxilio? ¿Qué es esto, sino invalidar el uso y oficio de la gracia, y despreciar la bondad de Dios, quien le dio la gracia justamente para esta finalidad, para que la utilice contra sus deseos carnales?

2. El pecado no mortificado, no sólo frustra la finalidad y la utilidad

de la gracia, sino, lo que es peor, también debilita y desperdicia miserablemente la gracia. Es imposible que, tanto la gracia como la corrupción, sean fuertes y vigorosas a la misma vez, en la misma alma. Si una prospera, la otra languidece... Si su alma está repleta de pecados no mortificados, como malezas dañinas que brotan y se extienden rápidamente, la gracia se deteriora y se marchita, porque [su alma] no cuenta con su savia para nutrirla.

Dos cosas son necesarias para nutrir la gracia, de modo que aumente poderosamente su fuerza y hermosura: Estas son los *pensamientos santos* y *deberes santos*. Por lo general, el hombre no necesita más que alimento y ejercicio para estar fuerte. Los pensamientos santos son, comparativamente hablando, el alimento de la gracia... Los deberes santos son, por así decir, el ejercicio, por el que la gracia obtiene y conserva su buena salud. Pero un deseo carnal no mortificado impide que la gracia obtenga fuerza de los pensamientos o los deberes. Porque,

i. **Un deseo carnal no mortificado, por lo general, domina los pensamientos del hombre.** ¡Cuánto poder tiene un deseo carnal de acaparar todos los pensamientos para satisfacerlo! A algunos los manda a cumplir un encargo, a otros, otro, y todos tienen que estar ocupados en atender su deseo. Donde el pecado no mortificado es la codicia, la soberbia o la lascivia, ¡qué llena está la imaginación de pensamientos que satisfacen estos deseos carnales! Algunos producen el pecado, algunos lo embellecen y adornan; y algunos aprueban, alaban y recomiendan el pecado al alma. Además, si acaso queda lugar para otros pensamientos, algunos lo emplean para imaginarse situaciones y quimeras que posiblemente nunca sucedan, pero tienden a alimentar y nutrir esa corrupción. Apelo a su propia experiencia para confirmar lo que estoy diciendo. Y esto será bueno hacerlo para poder encontrar cuál es su pecado no mortificado. Analice qué es lo más sucio que se imagina, que con más frecuencia seduce sus pensamientos. ¿Le sucede que cuando sus pensamientos divagan, vuelven llenos de cosas del mundo? ¿Le presentan, por lo general, fantásticas riquezas, posesiones, ganancias, adquisiciones con el valor agregado de las artimañas para convertirlas en realidad? Entonces, *la codicia* es su deseo carnal no mortificado. ¿Se concentra y piensa en sus propias perfecciones? ¿Talla un ídolo de sí mismo en su propia imaginación y luego cae de rodillas ante él y lo adora? Entonces su pecado no mortificado es el *orgullo*. Y lo mismo podríamos decir de los demás. Ahora bien, cuando un deseo carnal no mortificado ha acaparado todos los pensamientos y los ha puesto al servicio de una imaginación corrupta, a la gracia le falta su alimento, sufre de inanición. ¡No es de extrañar si languidece y decae!

ii. Un pecado de la carne no mortificado obstaculiza e interrumpe la vida, el vigor y la espiritualidad de los deberes santos. Lo hace de dos maneras: Insensibilizando el corazón de toda culpa o distrayendo el corazón mediante su fuerza.

(1) Una lascivia no mortificada insensibiliza al corazón en cuanto a sus deberes santos por medio del sentido de culpa que yace en la conciencia. ¡Ay! ¿Cómo podemos acercarnos a Dios con un espíritu libre, cómo podemos llamarlo Padre con un mínimo de seguridad, mientras tenemos conciencia de un pecado no mortificado que todavía vive en nuestro interior? Admítalo: ¿Acaso no le remuerde la conciencia y hasta calla su boca cuando está orando con sugerencias como estas? “¡Qué! ¿Acaso es posible orar pidiendo perdón por mis pecados y fuerza para no pecar, aunque sé que hay en mí y que fomento un deseo de la carne no mortificado? ¿Oro rogando gracia *contra* el pecado y, aun así, conservo un pecado *conocido*?... ¿No es una oración así, pura hipocresía y engaño? ¿La escuchará el Señor? O si de hecho la escucha, ¿no la contará como una abominación contra él?”. Usted, a quien su propia conciencia acusa, ¿acaso no encuentra que tales reflexiones lo insensibilizan grandemente en cuanto a su deber?... De hecho, la culpa es el impedimento más grande del mundo para el cumplimiento del deber... Nos llena de desconfianza, inseguridad y un temor muy grande de presentarnos ante Dios como nuestro Juez, en vez de nuestro Padre.

(2) Una lascivia no mortificada impide cumplir el deber santo porque distrae el corazón con su poder. Aparta el corazón de Dios, enreda los afectos, desparrama los pensamientos, descompone la composición del alma, de manera que, en el mejor de los casos, no es más que un deber quebrantado y destrozado. Y aquí radica la astucia de Satanás, en que si hay en el alma alguna corrupción menos mortificada que otra, de seguro esa corrupción actuará y se interpondrá entre Dios y el alma en el cumplimiento de su deber. Ahora bien, cuando un deseo de la carne impide el cumplimiento del deber, la gracia no puede respirar ni ejercitarse. ¡Con razón desfallece y se deteriora!

3. Cuando se ha descuidado una mortificación, a su puerta acecha algún pecado vil y escandaloso. Cuando vemos a alguien que profesa ser creyente cometer una maldad notoria, ¿a qué se puede imputar más que al hecho que esa corrupción se aprovechó de que fuera negligente en mortificarla? Cuando alguien sufre continuamente de ideas interiores que atacan, tientan e importunan al alma, es una señal de que la lascivia ya se ha ganado los afectos. Y si se puede adormecer la conciencia, nada le impedirá entrar en acción... Por lo tanto, cuídese de no permitir que la corrupción se agite y actúe en su interior. No puede

ponerle límites ni decirle: “Hasta aquí llegaste, pero no más. Te permito estar en mis *pensamientos* y en mi *imaginación*. Pero, conciencia, cuídate de que no vaya más allá”. ¡Por lo tanto, si quiere asegurarse de no correr este peligro, mortifique a la lascivia en su gestación! Sofoque y suprima sus señales y apariciones. De otra manera, no se imagina lo prodigiosamente que crecerá la impiedad. El menor y más insignificante pensamiento pecaminoso tiende a terminar en una culpabilidad infinita¹⁶; un pensamiento indigno e impropio acerca de Dios lleva a una blasfemia horrible; cada pensamiento lascivo a una inmundicia abierta; cada pensamiento envidioso, a un derramamiento de sangre. A menos que practique diariamente la mortificación para suprimir y vencer esos estímulos, no puede saber cuántos pecados destructores del alma le pueden impulsar a cometer.

4. Una lascivia no mortificada aleja al corazón de su amistad y comunión con Dios... Hay sólo dos cosas que mantienen la amistad entre Dios y el alma: *De parte de Dios*, las comunicaciones llenas de la gracia de su Espíritu, por medio de cuya influencia iluminadora, avivadora, sustentadora y reconfortante, conversa con aquella alma a la cual otorga su gracia. *De nuestra parte*, el estado espiritual del corazón por medio del cual conversamos con Dios con delicia santa, libertad y frecuencia con una cordial y sincera obediencia. Pero una lascivia no mortificada destruye esta amistad entre las dos partes.

i. Provoca a Dios a suspender las influencias de su Espíritu y por su parte cortar la relación: “Por la iniquidad de su codicia me enojé, y le herí, escondí mi rostro y me indigné” (Is. 57:17)...

ii. Una lascivia no mortificada quita poderosamente la armonía del alma y desordena la espiritualidad que debemos preservar, si queremos mantener comunión con Dios. Piense en cómo aumenta la separación y el distanciamiento entre amigos cercanos. De igual manera, aumenta la separación entre Dios y el alma. Si alguien tiene conciencia de un mal que le ha hecho a su amigo, le causará temor y vergüenza conversar con él y, aún más, estar en su compañía con comodidad y con frecuencia.

¹⁶ “El pecado no sólo luchará, actuará, causará rebelión, perturbación e inquietud, sino que, en caso de no estar continuamente mortificado, producirá grandes pecados, malditos, escandalosos y destructores de almas... Cada vez que se levanta, el objetivo del pecado es tentar o atraer, si él no fuera mortificado, saldría lo peor del pecado de esa clase. Si pudiera, todo pensamiento o mirada impura sería adulterio; cada deseo codicioso sería opresión, cada pensamiento de incredulidad sería ateísmo, si creciera en sus pensamientos... cada aumento de lujuria, si tuviera un camino libre, llegaría a la altura de las peores perversidades”. —*John Owen*

Lo mismo sucede en este caso: La lascivia no mortificada llena el alma de vergüenza culposa, motivada por su conciencia de un agravio a Dios...

Ahora, reflexione en su propia realidad, usted que ha cometido algún pecado: ¿Acaso éste no ha quitado gradualmente la espiritualidad de su corazón, y debilitado la vida y el vigor de su comunión? ¿No lo ha apagado, enfriado y hecho indiferente a las cosas y los caminos de Dios? ¿No ha considerado a Dios como si estuviera muy lejos sin interesarse o anhelar acercarse para conversar con él? ¿No cree usted que ha llegado el momento de mortificar este pecado que ha causado esta división entre Dios y su alma, y que se deshaga de lo que ha causado tensión y disensión para poder renovar su amistad con él? Permítame decirle que me temo que, de otra manera, esta enajenación aumentará hasta convertirse en una lamentable apostasía y terminando en una pavorosa perdición.

Tomando de “The Great Duty of Mortification” (El gran deber de la mortificación)
en *The Works of Ezekiel Hopkins* (Las obras de Ezekiel Hopkins),
Tomo 3, reimpreso por Soli Deo Gloria.

Ezekiel Hopkins (1634-1690): Pastor anglicano, capellán de Magdalen College, Oxford, fue más adelante Obispo de Derry, Irlanda; sus escritos son legibles, claros, y prácticos; nacido en Sandford, Crediton, Devonshire.



¡Piense lo que le costó al Señor Jesús expiar la culpa del pecado sufriendo en nuestro lugar la ira del Dios grande y terrible! Las meditaciones de un Cristo crucificado son meditaciones que crucifican en gran manera al pecado. Él sufrió lo inimaginable por el pecado. Fue una ira divina la que sufrió su alma por el pecado... fue una ira sin paralelos, manifestada en toda su plenitud, hasta la última gota. ¿Y caeremos tan fácilmente en esos pecados que causaron estos sufrimientos de Cristo? —*John Flavel*

Los mejores creyentes, que están seguros de ser libres del poder condenatorio del pecado tienen, no obstante, que ocuparse todos sus días en mortificar el poder del pecado que mora en ellos. —*John Owen*

¿MORTIFICACIÓN POR EL EVANGELIO O POR LA LEY?

Ralph Erskine (1685-1752)

Sentimos por nosotros mismos un cariño enfermizo que nos impide mortificar nuestra corrupción. ¿Le ha sucedido alguna vez que, a pesar de que descubrió o vio la impiedad y amargura del pecado, siguió viviendo en paz? Entonces, le sigue controlando Satanás; si nunca ha sufrido el dolor de pasar un cálculo biliar, es que todavía lo tiene. Si su corazón nunca ha sentido el dolor del pecado, quiere decir que su corazón nunca ha sido circuncidado. El poder del pecado permanece donde el evangelio no ha efectuado una mortificación... Efectivamente, qué grandes reformas han tenido lugar entre algunos, tanto que por su estilo de vida podemos pensar que son verdaderos conversos al ver su perfección y ternura. Sin embargo, son enemigos de la gracia y extraños al evangelio y, en consecuencia, a la verdadera mortificación que no puede ser por la Ley porque es la fuerza del pecado.

Pregunta: ¿Cómo puedo saber si mortifico el pecado por el evangelio o por la Ley?

Respuesta: 1. La mortificación por el evangelio y la legal difieren en los principios de los cuales proceden. La mortificación por el evangelio procede de los principios del evangelio o sea, (1) el Espíritu de Dios: “Si vivís conforme a la carne, moriréis; más si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis” (Ro. 8:13); (2) la fe en Cristo: “purificando por la fe sus corazones” (Hch. 15:9) y (3) el amor de Cristo que constriñe: “el amor de Cristo nos constriñe” (2 Co. 5:14). En cambio, la mortificación por la Ley se basa en principios legales, como por ejemplo: en el aplauso y la alabanza de los hombres; como en el caso de los fariseos, su hipocresía; como Pablo antes de su conversión: por temor al infierno; por una conciencia natural: por el ejemplo de otros, por algunas [instigaciones] naturales del Espíritu y, muchas veces, por el poder del pecado mismo, cuando un pecado lucha contra otro. Alguien quizá no beba ni use lenguaje soez: ¿Por qué? Porque está organizando y estableciendo una justicia propia, con el fin de obtener el favor de Dios. Éste es solo un ejemplo de un pecado luchando contra otro.

2. La mortificación por el evangelio y la que es por la Ley difieren en las armas con que luchan contra el pecado. El creyente del evangelio

lucha con armas de la gracia o sea, la sangre de Cristo, la Palabra de Dios, las promesas del pacto y la virtud de la muerte de Cristo en la cruz. “Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo” (Gá. 6:14). En cambio, el hombre bajo la Ley lucha contra el pecado con las promesas y las amenazas de la Ley. Por sus promesas, diciendo: “Obtendré vida y me ganaré el cielo si hago esto y aquello”; por su amenazas diciendo: “Me iré al infierno y seré condenado si no hago esto y aquello”. A veces, lucha con las armas de sus propios votos y resoluciones que son su torre fuerte en la que se refugia creyéndose a salvo.

3. Difieren en el objeto de su mortificación. Es cierto que ambos buscan mortificar el pecado, pero la lucha del legalista es más con los pecados de su conducta y estilo de vida. El verdadero cristiano anhela luchar como lo hacían los sirios, siguiendo las órdenes que recibían, es decir, no contra lo grande ni lo pequeño, tanto como contra el rey mismo o sea, en contra de la corrupción original (2 Cr. 18:30). Un cuerpo de pecado y muerte lo aflige más que cualquier otro pecado en el mundo: “¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?” (Ro. 7:24). Su gran responsabilidad es lograr que la simiente de la mujer hiera la cabeza de la serpiente.

4. Difieren en las razones de la lucha. El creyente, a quien la gracia enseña a rechazar toda impiedad, lucha contra el pecado porque éste deshonra a Dios, se opone a Cristo, entristece al Espíritu y causa la separación entre su Señor y él. En cambio, el legalista lucha contra el pecado porque le quita la paz, le remuerde la conciencia y lo daña haciéndolo víctima de la ira y el juicio, se parece a los niños que no juegan en el polvo, especialmente el polvo que se levanta con el viento. ¿Por qué? No porque les ensucia la ropa, sino porque les entra en los ojos y les hace mal. Es por esta misma razón que el legalista no se mete con el pecado. ¿Por qué? No porque ensucia y mancha las perfecciones de Dios y deshonra su alma, sino porque le hace mal. No niego que hay demasiada de esta actitud legalista aun entre los fieles.

5. Difieren en sus motivaciones y sus propósitos. El creyente no es siervo del pecado porque tiene vida en Dios y está muerto al pecado (Ro. 6:6). El legalista renuncia al pecado, no porque esté vivo, sino para vivir. El creyente mortifica el pecado porque Dios lo ama; en cambio el legalista lo mortifica para conseguir el favor de Dios con su mortificación. Puede hacer grandes esfuerzos, pero sigue siendo para lograr su propia gloria, haciendo que el fundamento de su esperanza y tranquilidad sea él mismo.

6. Difieren en la naturaleza de su mortificación: El legalista no se opone violentamente al pecado, buscando su destrucción total; si puede aplacar el pecado no busca echarlo fuera. En cambio el creyente, teniendo una naturaleza y un principio contrario al pecado, busca no sólo debilitarlo, sino extirparlo; su lucha es irreconciliable, no hay términos por los que puede adaptarlo ni aceptarlo; no se permite ninguna alianza con el pecado, como lo hacen los hipócritas.

7. Difieren en el alcance de la batalla: No sólo *objetivamente*, el creyente aborreciendo cada senda falsa, sino también *subjetivamente*, todas las facultades del alma del creyente, toda la parte regenerada de su ser está contra el pecado. No sucede lo mismo con el hipócrita o el legalista; así como perdona algún yerro u otro, su oposición al pecado sólo es cosa de su conciencia. Su luz y su conciencia se oponen a tal cosa, mientras que su corazón lo aprueba. También hay un alcance de tiempo; la oposición del legalista al pecado dura poco, en cambio la del creyente es hasta el final, la gracia y la corrupción se siguen oponiendo siempre una a la otra.

8. Difieren en el éxito: No hay creyente, que en su lucha contra el pecado, no lo venza, ya sea al principio o al final, aunque no siempre lo discierne. Y aunque pierda muchas batallas, gana la guerra. En cambio el legalista, a pesar de todo su esfuerzo, nunca tiene verdadero éxito: Aunque, de hecho, se haya librado de algún pecado, nunca ha cambiado su naturaleza corrupta. Nunca tiene un nuevo corazón. La dura cerviz que se opone a Dios nunca se doblaba y cuando logra mortificar un pecado, a veces surge otro más peligroso. Por lo tanto, todos los pecados y las contaminaciones a las que siempre renunciaban los fariseos y todas las obras buenas que realizaban, no hacían más que aumentar su orgullo y fortalecer sus prejuicios contra Cristo, lo cual constituía el pecado más grande y más peligroso. Hemos visto, entonces, la diferencia entre la mortificación del evangelio y de la Ley. Este conocimiento nos capacita para probarnos en cuanto a nuestra realidad espiritual. Hagámoslo.

Tomado de “The Strength of Sin” (“La fuerza del pecado”), sermones cxxx-cxxxi en *The Works of Ralph Erskine* (Las obras de Ralph Erskine), Tomo 5, reimpresso por Free Presbyterian Publications.

Ralph Erskine (1685-1752): Pastor presbiteriano; predicador popular en la Iglesia de Escocia de su época; nacido en Monilaws, Northumberland, Escocia.



¿CÓMO PUEDO SABER SI ESTOY EN UN ESTADO DE MORTIFICACIÓN?

Christopher Love (1618-1651)

¿Cómo puedo saber si el Señor me ha llevado a un estado de mortificación? Es muy posible que algunos de mis lectores anhelan saberlo, por lo que daré y comentaré brevemente seis características que lo revelan. Espero que al final de este artículo sepa si usted se encuentra en un estado de mortificación bajo Dios o no.

1. Puede saberlo por esta característica: Teme ahora encontrarse con ocasiones y oportunidades de pecar más de lo que lo temía en el pasado: Esto indica que es un hombre mortificado. Un corazón que no ha sido mortificado, es audaz y aventurero, y aprovecha las ocasiones para pecar, mientras que el corazón mortificado tiene mucho cuidado de evitarlas.

Podemos comparar al hombre mortificado con una paloma o una perdiz. Los cazadores de aves reportan que las palomas o perdices le tienen un temor tan innato al halcón que, no sólo le temen al depredador mismo, sino también a sus plumas. De manera similar, el hombre mortificado, no sólo teme categóricamente al pecado, sino a cualquier cosa que pueda significar una provocación o un primer paso hacia un pecado. Ahora bien, me atrevo a afirmar con plena confianza que, si usted siente este temor santo de desagradar y ofender a Dios, y tiene una actitud y un temperamento tan espiritual como el de Judas 23, que aun aborrece la ropa contaminada por su carne, es usted un hombre mortificado...

2. Otra característica: Cuando se le presenta abiertamente una ocasión para cometer un pecado, junto con circunstancias que provocan a cometerlo, refrena y contiene su deseo y no lo comete. Esto es una señal de un corazón verdaderamente mortificado y, si Dios lo tiene en tal estado, ha mortificado completamente sus corrupciones.

Amados, el hombre no mortificado puede abstenerse de un pecado cuando no tiene oportunidad y ocasión para cometerlo. En cambio, ésta es señal de un corazón mortificado: Aunque se presenten todas las oca-

siones posibles para cometer el pecado, se abstiene de él... a José en Génesis 39:9, se le presentó una buena oportunidad para cometer el pecado de adulterio. Tuvo la oportunidad porque él y su señora¹⁷ estaban solos. Ella lo importunaba, lo acosaba e insistía día tras día para que lo hiciera. También estaban en secreto porque el texto dice que las puertas estaban cerradas. No había nadie más que ellos dos en la casa. Él hubiera obtenido muchas ventajas porque ella lo hubiera nombrado señor de su casa. Como ven, tuvo oportunidad, acoso, secreto y ventajas. Todas estas circunstancias se le ofrecieron claramente para invitarlo a cometer el pecado de impureza. Sí, pero a pesar de todo esto, José respondió: “¿Cómo, pues, haría yo este grande mal, y pecaría contra Dios?” (Gn. 39:9). Vemos aquí el poder del pecado mortificado en el corazón de José. ¿Qué, si probamos nuestros propios corazones según este modelo? En todas las ocasiones que se nos presentan para cometer un pecado, ¿podemos seguir diciendo “no” a los deseos de nuestra carne?...

3. Si hay en su corazón una tendencia más fuerte que antes a resistir las tentaciones del diablo, esto es una buena señal de que el Señor le ha llevado a un estado de mortificación. Pudiera ser que hasta ahora su naturaleza era como pólvora, lista para estallar ante cualquier tentación. Pero ahora es como madera verde que cuesta mucho encender. En este caso, es imposible que una tentación lo convenza a ceder. Ha avanzado grandemente en esta obra de mortificación.

4. Si hay una proporción justa entre la muerte al pecado y la vida de gracia en su alma, entonces es usted un hombre mortificado. Amados, la obra del Señor no es a medias, no hace morir las corrupciones en su corazón y nada más; si el Señor ha hecho morir al pecado en su alma para salvación, hará la obra opuesta de gracia en usted que vivirá y actuará en su alma. La mortificación y la muerte del pecado tienen que actuar en conjunto con la vivificación¹⁸ y la vida de gracia. Entonces, si el pecado ha muerto, la gracia vivirá en su corazón. Por lo tanto, el Apóstol los une en Romanos 6:11: “Consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios”. 1 Pedro 4:1-2: “Puesto que Cristo ha padecido por nosotros en la carne, vosotros también armaos del mismo pensamiento; pues quien ha padecido en la carne, terminó con el pecado, para no vivir el tiempo que resta en la carne, conforme a las concupiscencias de los hombres, sino conforme a la voluntad de Dios”. Aquí el Apóstol, no sólo nos exhorta a no perder nuestro tiempo en satisfacer

¹⁷ **Señora** – En este sentido, la dama de la casa, no su compañera en la inmoralidad.

¹⁸ **Vivificación** – Recibir vida espiritual.

los deseos de la carne, sino también a vivir para Dios. Eso amados, se trata entonces, sólo de una cesación, no de una mortificación de corrupción donde hay una contención forzosa sobre los deseos de la carne. Sólo parecen estar muertas, pero no lo están.

5. La mortificación se revela por esta característica: Que el sometimiento de cualquier corrupción, es el resultado de una profunda humillación. La mortificación a la cual nunca le precedió verdadera humillación, es sólo un dejar de pecar. Sus pecados nunca han sido verdaderamente mortificados en su corazón, si no ha sido verdaderamente humillado. Muchos hacen con sus pecados lo que algunos esgrimistas en sus justas: A veces se dan el uno al otro, estocadas o sustos, pero nunca una estocada de gracia. Algunos juegan con el pecado, pero nunca le dan una herida mortal. El hombre verdaderamente mortificado es como un guerrero: O matará o lo matarán. Matará sus pecados o estos lo matarán a él. Ahora examínese en esto: ¿Es sólo un esgrimista que corretea y juega con sus lascivias o es un guerrero que lucha implacablemente contra el pecado? ¿La da apenas un pequeño susto al pecado o le ha dado una herida mortal?

6. La mortificación se revela por su alcance porque no consiste en hacer morir un pecado en particular, sino atacar de raíz a todo el cuerpo de pecado. Por lo tanto, el Apóstol nos exhorta a mortificar nuestros miembros que están sobre la tierra –fornicación, impureza, etc.– a crucificar la carne con sus afectos y lascivias: Hacer morir todo el cuerpo de pecado. Sucede con la mortificación del pecado lo que sucede con la muerte del cuerpo. Sabemos que la muerte no es sólo de un brazo o una pierna ni ningún otro miembro en particular, sino de todos los miembros del cuerpo; mueren todos juntos. Del mismo modo, la mortificación no es sólo hacer morir a algún miembro de pecado, sino un ataque sobre todo el cuerpo de pecado. Vencer algunos pecados en particular, no significa mortificación, a menos que se haya dado un golpe mortal a todo el cuerpo y cúmulo de corrupción....

Sea éste su bálsamo: En la mortificación de todo pecado, tenemos la fuerza de Cristo, al igual que la nuestra para ayudarnos... Nos recompensa como si lo hubiéramos logrado nosotros solos.

Tomado de *The Mortified Christian* (El cristiano mortificado)
reimpreso por Soli Deo Gloria. Usado con permiso.

Christopher Love (1618-1651): Predicador y autor presbiteriano; predicador popular y miembro de la Asamblea de Westminster; nacido en Cardiff, Gales.

